

María Romero Meneses

Escritos Espirituales

Escritos de María Romero Meneses FMA:

- *Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora en San José de Costa Rica.*
- *Los quince sábados a María Auxiliadora*

Sierva de Dios María Romero Meneses Escritos Espirituales

Tomo primo

Coordinación, introducción y notas de
LINA DALCERRI FMA.

Revisión y confrontación con los originales de
M. DOMENICA GRASSIANO FMA.

Imprimatur
10 de mayo de 1989
ROMAN ARRIETA VILLALOBOS
Arzobispo de San José de Costa Rica

**La Santidad
en el pensamiento
y en los escritos
de Sor María Romero Meneses
FMA**

Introducción

1. *Su ideal de santidad*

Sor María Romero, a primera vista, nos sale al encuentro con sus grandiosas *Obras Sociales* realizadas con tanta tenacidad y dedicación, en San José de Costa Rica.

Obras ideadas, organizadas y consolidadas con grande inteligencia y sobre todo, con su ilimitado amor a los pobres.

De éstas como de la vida de Sor María trata con una documentación seria y amplia, la cuidadosa e interesante biografía escrita por Sor María Domenica Grassiano con su estilo personal y ágil que fascina y atrae: *Con María toda para todos como Don Bosco*.

Sor María, lo deja entrever también la biografía, no está toda ahí. Existen numerosos escritos que completan su fisiología.

Cierto, no es como Santa Teresa que nos ha dejado tratados de mística y de historia espiritual con una completez y sistematicidad propia. Sor María podemos decir que está más cercana al gran místico del desierto, Charles de Foucauld. Ella nos ha dejado sus escritos fragmentarios, asistemáticos confiados a pequeñas agendas o a hojas sueltas, que sin embargo nos permiten penetrar más profundamente en su vida espiritual y nos descubren las maravillas de una alma tan íntimamente unida a Dios que ha sido capaz de realizar en plenitud la fusión de vida activa y contemplativa, a un nivel poco común que se eleva hasta las cimas de la mística.

Sor María es plenamente mujer vive al mismo tiempo una vida sobrenatural intensa: alma experta en humanidad y grandemente rica de gracia. Ciertamente no pertenece a la escuadra de las santas que Tomás Merton ha plásticamente deno-

minado «de yeso»,¹ como una pseudo hagiografía nos las ha presentado, deformándolas.

Su santidad tiene sus raíces bien cimentadas en lo humano y en lo sobrenatural. Lo comprueban, además de su intensa actividad en el campo de la caridad, sus escritos espirituales, objeto de ésta obra.

Sor María no es exenta de defectos; posee un temperamento fuerte, contra el cual lucha toda su vida; es artista y realista. En medio de una actividad prodigiosa ha sabido vivir una adoración profunda; toda dirigida a las necesidades de sus pequeños y de sus pobres y toda abismada en Dios: con los pies firmemente puestos sobre la tierra se eleva al mismo tiempo hacia su Señor y su Reina en una atracción irresistible; abierta siempre a la escucha de todos para consolar, aconsejar, corregir y al mismo tiempo, atenta siempre a otra voz que se le hacía sentir a través de aquellas “conversaciones” interiores que la iluminaban y la sostenían en las incesantes dificultades en que se encontraba a vivir.

Hija de un gran santo, Don Bosco, al que Jorgensen no dudó en definir «uno de los hombres más completos y más absolutos que haya conocido la historia»² y del cual otro valioso autor, Daniel Rops ha dicho: «todo es humano en Don Bosco y al mismo tiempo todo irradia misteriosamente una luz sobrenatural».³

Mirando siempre a Don Bosco, Sor María se empeñó toda la vida en sintonizar naturaleza y gracia. La riqueza humana de Don Bosco, leemos en Brocardo: «estaba tan integrada en la santidad, que de ella era casi el sacramento, y los dones de gracia, cuando se manifestaban, eran una glorificación de su humanidad».⁴

También Sor María vivió intensamente la tensión de unidad entre lo humano y lo divino, y se esforzó constantemente en transformar su rica humanidad, con todo sus límites, en “sacramento” de lo sobrenatural que le urgía en el alma y la llenaba de sí. También en ella, como en Don Bosco, lo que llama la atención son las obras a que ha dado vida y a las cuales se ha entregado totalmente.

Ante todo se revela la “mujer” que se entrega incesantemente: se abría constante y tenazmente a las mil iniciativas de bien; salía al encuentro de todas las necesidades; desplegaba las actividades más diversas en los oratorios, en la catequesis, en los juegos y en las fiestas de los pequeños. Estaba siempre atenta a las necesidades y a los problemas de sus pobres; escuchaba por horas y horas ininterrumpidamente a los muchos que invadían su cuartito donde los acogía uno por uno como si no tuviera otra cosa que hacer.

¿Y cuando rezaba? podríamos preguntar como, en los procesos apostólicos, se preguntó de Don Bosco.

¡Oh! para la oración Sor María sabía encontrar el momento justo, además del que le era impuesto por las Constituciones del Instituto, y sabía prolongarlo y, sobre todo, hacerlo el alma y el centro propulsor de toda su actividad.

No existía discontinuidad en ella, nada de vida fragmentada o a sectores: todo era oración y todo era trabajo en una sintonía admirable, que encontraba su unidad en la ininterrumpida y vivida presencia de Dios, en la búsqueda constante de su gloria; en la adhesión momento por momento, acto por acto, a la divina voluntad.

Deseó y se esforzó por ser «... sencillamente una ventana a través de la cual la misericordia de Dios resplandece en el mundo»⁵ sea a través de su actividad prodigiosa como de su profunda y amorosa unión con Dios.

Sus escritos espirituales, furtivamente fijados al reverso de un sobre usado, nos revelan lo concreto de su concepto de

¹ MERTON Tomás, *Vita e santità* (Torino, Garzanti 1964) 29.

² BROCARDO Pietro, *Don Bosco profondamente uomo, profondamente santo* (Roma, LAS 1985) 30.

³ *Ibidem* 31.

⁴ *Ibidem*.

⁵ MERTON, *Vita* 35.

santidad. De hecho habla más de santidad que de perfección porque ha comprendido — como dice Merton — que «... quien mira a la “perfección” probablemente asume una actitud muy sutilmente egoísta. Puede correr el riesgo de desear contemplarse como un ser superior, completo y adornado de todas las virtudes, aislado de todas los demás y en placentero contraste con ellos». ⁶ Lo que se encuentra en contraposición con el sentimiento y la vida de Sor María que hace suya la afirmación: «Tu eres nada, eres menos que nada, porque eres una miseria culpable y un nada pecaminoso». ⁷

Para ella la santidad «consiste en la vida de intimidad con Dios, con Jesús filtrado en nuestra vida» ⁸ conoce, sigue y vive la ley de la encarnación, la elección de Cristo que, encarnándose ha asumido en plenitud la naturaleza humana menos en el pecado, uniéndola perfectamente en la persona divina del Verbo. Naturaleza y sobre naturaleza en Sor María tienden insistentemente a alcanzar aquella unidad que transfigura lo que es humano en divino. Reconoce y lo vive, que la santidad — como dice Merton — «... No consiste en ser *menos* humanos sino *más* humanos que los otros hombres. Todo esto implica una mayor capacidad de interés, de sufrimiento, de entendimiento, de comprensión y también de alegría, valorización de las cosas bellas y buenas de la vida». ⁹ Y esto para asemejarla más a Cristo, el Verbo encarnado que ha sido el ser más profunda y perfectamente humano que haya vivido sobre esta tierra. [...] de modo que El pueda unirnos a su ser divino y hacernos partícipes de su condición de hijos del Padre celestial». ¹⁰

Por eso Sor María, sabe distinguir bien entre los valores genuinos y los falsos, y a través de una ascesis abrazada con amorosa fidelidad, realiza el desprendimiento radical de

⁶ MERTON, *Vita* 26.

⁷ *Fascículo* II 21. De ahora en adelante cada pensamiento será señalado de la siguiente forma: F= fascículo; en números romanos el número del fascículo; en números arábigos la numeración de las páginas.

⁸ *Ibidem* 82.

⁹ MERTON, *Vita* 32.

¹⁰ *Ibidem*.

todo aquello que se interpone entre ella y Dios, aquella muerte a sí misma que debe engendrar, en el anonadamiento del “hombre viejo” ¹¹ el “hombre nuevo” ¹² de quien habla San Pablo. Sabe ver, creer y aceptar en el sufrimiento la gestación que dará a luz la “creatura nueva” ¹³ y, en el silencio de todo el ser sabe vivir intensamente con Dios también en medio de la intensa actividad que la consume.

¿El secreto? ¡ama! ama con un amor que toca la profundidad de su ser y lo enciende y consume como la «zarza ardiente» ¹⁴ de Moisés: ama a Dios y al prójimo en El y por El: Ama y se abandona totalmente a la acción vivificante del Espíritu Santo, la energía santificadora del Dios operante en nuestra vida, que nos transforma de «seres carnales a seres espirituales». ¹⁵

Nos lo revelan sus oraciones en las cuales este amor desborda en expresiones que nos sorprenden y nos conducen al mundo del *Cantar*, haciéndonos entrever en ella la experiencia de Dios.

Ama a la Virgen y se confía toda a Ella con ternura de hija. Cree firmemente que María es el camino establecido por Dios para conducirnos a El; que en Ella y por Ella podemos compartir el conocimiento y el amor de Cristo.

Vive ya la “comunidad de los santos” con sus diálogos ininterrumpidos con los ángeles y bienaventurados del cielo, un número que sorprende y maravilla.

Ama la Iglesia en quien se confía con devoción filial para beber en las fuentes de la gracia que ella nos ofrece: Eucaristía, Sacramentos, Palabra de Dios.

La Palabra de Dios en la Sagrada Escritura es su delicia: la lee, la medita, la asimila, sobre todo el Nuevo Testamento, los Profetas, los libros Sapienciales, los Salmos.

¹¹ *Rm* 6, 6.

¹² *Ef* 4, 24.

¹³ *2 Co* 5, 17.

¹⁴ *Ex* 3, 2.

¹⁵ *Rm* 8, 9.

No vive solo de ideales y de sentimientos: vive en el crisol de la vida cotidiana. Su vida es decididamente fundada sobre la voluntad de Dios. La santidad que se esfuerza por realizar es cuestión de fidelidad y de amor en la línea del divino querer. La voluntad de Dios es su guía y su ley. Sabe que se le ha confiado una "misión" y se dedica totalmente a ella sin cálculos ni medidas: no vive para sí, sino para la tarea de caridad que Dios le ha confiado "cueste lo que cueste".

Y como está ligada a las Constituciones de un Instituto y por profesión a un género particular de vida religiosa, no actúa por su cuenta, somete todo a la obediencia y a ésta se somete también cuando no puede llevar adelante sus planes juzgados no pocas veces como utópicos: Dios lo sabe, y se confía en El.

Ama su vida consagrada como el privilegio más grande; de ella penetra el carisma y se preocupa por actuarlo en su vida religioso-apostólica. Mira a sus fundadores San Juan Bosco y Santa María Dominga Mazzarello como su específico ideal y de ellos estudia, asimila y vive su enseñanza.

En la Iglesia y por la Iglesia es toda de Dios y de su prójimo, cumpliendo el mandamiento supremo de la caridad.

Estas son las líneas fundamentales de la santidad que Sor María ha buscado de realizar y que la Iglesia juzgará si son dignas de ser propuestas como modelo de vida verdaderamente cristiana.

2. Como se presentan sus escritos

Sor María Romero, alma — la hemos visto — riquísima, como desborde de su interioridad espiritual y deseosa de aferrar las luces que Dios le concedía para poderlas retomar después, tenerlas presentes en su espíritu y realizarlas en su vida, nos dejó una riqueza incomparable de escritos personales, no en forma de tratados — como hemos evidenciado anteriormente — sino en forma espontánea, inmediata, asistemática, confiándolos a agenditas y hojas sueltas, que esca-

paron de la destrucción, debido a su muerte imprevista.

El primer documento que cae bajo nuestra mirada, es una libreta de "pensamientos", conocida con el nombre de "libreta negra", por el color del forro, y que Sor María llevaba siempre consigo, con fechas desde el 1924.

En la mayor parte se trata de una transcripción de pensamientos de numerosos autores, alrededor de cuarenta, todos de sólida y segura doctrina. Entre ellos, San Agustín, Santo Tomás, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Ligorio, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Santa Teresita del Niño Jesús; alguna mística como Santa Gertrudis, Santa Catalina de Siena, Santa Magdalena de Pazzis, además de escritores del temple de Bougaud, del Padre Faber, de Ravignan, y algún autor profano como Montaigne y Victor Hugo.

Se podría decir que es el librito de su autoformación, del cual se valía para la formación humana y cristiana de sus alumnas. Estas escuchaban siempre con vivo interés la lectura y el comentario de alguno de aquellos pensamientos y no faltaba quién suspirase por tenerlos como propios, como sucedió a Julieta Burgos que un día se animó a pedirselos y de hecho lo obtuvo como regalo generoso de Sor María, cuando fue como ella Hija de María Auxiliadora.

Los pensamientos elegidos revelan claramente, la plena correspondencia con la espiritualidad de Sor María, una verdadera congenialidad: nos revelan sus orientaciones de fondo; expresan lo que ella siente, desea, se esfuerza por conquistar, por hacer suyo y confirman la asimilación plena: se transforman en su sentir, su querer, su vida. Lo dice ella misma al regalárselo a Sor Burgos: «en él encontrará todo aquello que daba fuerza, consuelo y entusiasmo a mí espíritu».¹⁶

Algunos de estos pensamientos sin firma, ni puestos entre comillas, pueden creerse seguramente suyos: tienen la apa-

¹⁶ ROMERO María, *Carta a Sor Julieta Burgos*, 18.8.1935 (Roma, AGFMA).

riencia de su estilo y sobre todo el sello de su alma.

Elencamos aquí los argumentos más frecuentes, que revelan efectivamente una orientación espiritual, una elección de vida, reservándonos en la coordinación de sus otros escritos aquellos que consideramos con seguridad que sean suyos.

En la primera parte de la famosa libreta, vienen transcritos algunos pensamientos de formación humana, de ellos presentamos solamente algunos.

Una mujer piadosa, para ser amable, tiene necesidad de mostrarse paciente y dominar las emociones penosas de su alma de tal manera que turben lo menos posible la serenidad de su semblante: ha de saber disimular, si es preciso, una antipatía, sufrir una importunidad, soportar una negativa y llevar con paciencia un desdén, una contrariedad, un sufrimiento (F II 5).

Nos vemos tentados de risa, al ver a un niño que llora a lágrima viva porque le han quitado un juguete... ¡muchas de nuestras miserias, la mayor parte de ellas, son de ese mismo valor! ¡dejemos los juguetes a los niños y seamos hombres! Miremos la vida cara a cara y tal cual es, aceptémosla. Tiene sufrimientos, sí, más un corazón valiente sabe sufrir; tiene también goces; más un corazón fuerte los gusta y no se deja arrastrar por ellos (F II 8).

Si ante el dolor nuestra alma se estremece y retrocede, espoleadla. Si ante el placer se precipita anhelante, refrenadla. Dirigidla, en fin, y que se acostumbre bajo la firme rienda de una voluntad dominante, a caminar a través lo mismo de la próspera que de la adversa fortuna, con ese paso siempre igual, vigoroso y noble que sienta tan bien al alma cristiana (F II 8).

La circunspección y la calma dominan el oleaje de las pasiones, afrontan todas las vicisitudes y contrariedades de la vida; encarrilan el carácter y la conducta por la moderación y el bien. Una mujer prudente es un tesoro; es virtud viviente que no teme la luz, que todo lo ilumina, que todo lo concilia y lo alcanza por medio de la dulzura que es la fuerza de la mujer (F II 34).

Aprovechan poco los más bellos sentimientos si no van acompañados de las obras (F II 9).

Días de sol y días de lluvia: días en que el alma está angustiada y días en que rebosa entusiasmo, todos son igualmente provechosos para el perfeccionamiento personal si se saben emplear bien (F II 6).

Son pensamientos de una sana, serena y equilibrada fuerza educativa a los que ella misma miraba y en los que formaba las jóvenes que se le habían confiado.

Más numerosos y más ricos de contenido, los dedicados a la vida espiritual. Son ideas fuerza que iluminan, abren horizontes, sostienen y lanzan hacia la santidad. Muchos son revelaciones sorprendentes de una experiencia vivida que encienden el corazón y elevan el espíritu; espirales que descubren otro mundo.

Señalamos solamente los argumentos más frecuentes, como prueba precisa que hablan de sintonía de espíritu.

Tienen el primado los pensamientos sobre el amor de Dios, la búsqueda de su gloria, la adhesión a su Voluntad: vías maestras de santidad.

Páginas y páginas insisten sobre la confianza ilimitada en

Dios, y sobre el abandono filial en El, y que le da alas al alma.

Cruces, sacrificios, renunciaciones, mortificaciones, desprendimientos, despojo, caminos irrenunciables recorridos por Cristo; caminos por los cuales son llamados a caminar cuantos le siguen.

El sentido profundo de la propia nada que crea aquella “capacitas Dei” a la cual se entrega en plenitud el Espíritu, es fuertemente evidenciado.

La oración, la unión con Dios, la interioridad de la vida a la cual está vinculada nuestra transformación en El hasta el *mihi vivere Christus est*¹⁷ de San Pablo encuentran largo espacio.

El conjunto es permeado de aquella sencillez encantadora que florece del espíritu de la infancia espiritual, dirigida no a lo extraordinario, a lo excepcional, sino al humilde cotidiano que el amor hace grande y agradable a Dios.

El espíritu de Sor María se nutría de estas fuentes, desechando toda lectura superficial, vana o sentimental. La biblioteca a su disposición (hecha lentamente por ella misma) con más de 600 volúmenes, elenca libros en su mayor parte de carácter espiritual, de autores antiguos y modernos serios y de valor.

El libro más consultado y explotado es sin duda la Biblia, especialmente el evangelio, los salmos, los libros sapienciales. Poseía la intuición acertada del sapiente entendedor que busca un alimento sano y sólido para su espíritu.

Fiel a cada texto, sin agregados ni comentarios, nos evita por tanto el tener que indicarlos aquí, con alguna excepción.

Nos acercamos por tanto con verdadero gozo espiritual a los muchos pensamientos que, junto con sus místicos vuelos, con sus reflexiones personales y sus elevaciones llevan

¹⁷ Flp 1, 21.

no pocas veces, facturas, direcciones, números telefónicos, pro-memorias... así como se ha dicho de Charles de Foucauld,¹⁸ lo que confirma que los santos no viven por sectores sino en plena unidad de vida en Cristo.

Estos escritos, salidos de su alma en los dulces momentos de sus “tu a tu” con el Señor, son la expresión espontánea, inmediata de sus coloquios con el Dios del Sagrario y con su Reina, María Sma; el desahogo incontenible de su sentimiento interior, las elevaciones de su alma desbordante de amor, la seguridad y confianza filial de los momentos gozosos y penosos de su cotidiano... Jesús en el Sagrario y su Madre Santísima debían saberlo todo, porque ella pertenecía toda y en todo a ellos: el gozo de sentir su presencia, de donarse a sus pobres predilectos, el generoso ofrecimiento de sí misma en totalidad, el sentido vivo de su nada, sus meditados y renovados programas de vida y de apostolado, y sus siempre nuevos y, a primera vista, utópicos proyectos para sus pobres y hasta el bosquejo de las obras que deseaba construir.

Verdaderamente toda su vida, sus obras, todo aquello que hacía y decía llevaban siempre el sello de sus gozosas permanencias delante del Sagrario y a los pies de su Reina, sello no pocas veces señalado con la cruz de la contradicción. No será difícil constatarlo, de la misma forma en que no será igualmente fácil seguirla en la elevación de su riqueza espiritual.

Tampoco nos es posible coordinar en una progresividad de tiempo los escritos de Sor María, cosa que nos permitiría constatar la gradualidad de su camino espiritual porque, por desgracia son raros los pensamientos que tienen fecha.

Su vida espiritual, en fin, no obstante haber sufrido como toda vida humana sus etapas, evidencia una progresiva orientación lineal no tanto en una novedad de programas, cuanto en una intensidad de contenidos.

¹⁸ DE FOUCAULD Charles, *Scritti spirituali, lo Spirito di Gesù* (Città Nuova 1978) 16.

El camino espiritual de Sor María es el camino de un encuentro siempre más personal, siempre más íntimo con el Dios vivo; un abandono siempre más filial en María, una donación en plenitud y totalidad a su misión entre los pobres en la cual encuentra y sirve al Cristo de sus horas contemplativas.

Nota:

Se constata que Sor María se robaba minutos de tiempo para escribir sus pensamientos espirituales, abreviando a menudo las palabras, también para conservar secretos sus íntimos coloquios con Dios. Por consiguiente, a veces en los originales hay algunas palabras ilegibles y los pensamientos parecen incompletos o en suspenso. Se trata en cambio de esquemas o apuntes para las lecciones de catecismo que daba personalmente, y dió hasta el final de su vida, a los niños de los oratorios y de las escuelas o a pequeños grupos de muchachos abandonados a sí mismos, a quienes preparaba a los sacramentos de la Confesión, de la Eucaristía y de la Confirmación; a los pobres a quienes distribuía semanalmente víveres, como a cuantos se presentaban en el consultorio o hacían largas filas para “las consultas”, es decir, para poderle hablar en privado; a las ayudantes laicas de condición económica ínfima a quienes llamaba “las señoras de la ayuda” y a quienes compensaba ampliamente; a las bienhechoras de la Obra con varios *cursillos* anuales.

1.

La meta sublime: la santidad

¡Quiero, puedo y debo ser santa!

(F V 3)

¿Quiénes son los Santos? No son extraños a nuestra vida ni a nuestra naturaleza. Sufrieron como nosotros las tentaciones y dificultades. Son mártires, confesores y penitentes. Trabajaron como nosotros, como nosotros sufrieron y lucharon. Como nosotros clamaron: «Padre nuestro, venga a nos tu reino».

Debemos imitar a los Santos. Debemos deducir que, más que su condición fue la generosidad lo que los hizo Santos ¿Por qué no lo podríamos ser también nosotros? Una vida mediocre e indolente oscurecería la gloria de ellos. Nosotros también somos llamados a seguir sus huellas.

Debemos invocar a los Santos. Los ha suscitados Dios para nuestro provecho. Los ha hecho nuestros protectores; les ha comunicado parte de su poder y bondad; pues El se vale siempre de las causas segundas. Luego ellos como Dios, pasan la eternidad haciendo el bien. Debemos por tanto amarlos, invocarlos y tenerles devoción.

(F X 82 B)

Me persuadiré que ser santa no es hacer milagros, sino amar a Jesús con todo el corazón, entregarse a El sin reserva, creer con fe inquebrantable en su amor, y vivir todo el día de estos pensamientos.

(F II 88)

La santidad depende menos de lo que hacemos que de la manera de hacerlo.

(F II 31)

Dios quiere ser amado de su criatura únicamente tanto y cuanto la medida de amor que en ella ha depositado. Ahora, si un ángel quisiera ser un serafín para amar a Dios más perfectamente, vendría a ser imperfecto por la razón que no amaría de la manera y según la medida con la que Dios quiere ser amado por El.

(F II 46)

Un alma que es siempre fiel en conformarse a lo que el Señor quiere de ella, es perfecta en el grado que Dios desea.

De esa fidelidad resulta la más encumbrada santidad.

(F II 69)

Lo que me santifica y me salva es la sumisión de mi entendimiento a la fe y de mi corazón a la ley divina; es el sacrificio de mis inclinaciones a mi deber, es en suma el uso de mi libre albedrío, a la verdad, nada más personal. «Lo que el hombre siembra eso recogerá. Cada uno recibirá según sus obras».

(F II 15)

La dicha verdadera, no cabe duda, consiste en caminar derechamente hacia Dios levantando el corazón y atropellando con todas las dificultades que pretenden estorbarnos el paso.

(F II 10)

Tres Mensajes

1. El error de endulzar el cristianismo. La religión es una cuesta empinada de sacrificio. El cristianismo es lo más heroico que existe en el mundo. En el heroísmo está el misterio de la vida.

2. Todos se entusiasman con una idea encarnada. El error es aminorar la lucha. No tienen valor de vivir en la eternidad.

Dios nos ama hasta donde nosotros le permitimos. El cristianismo es semilla, injerto, levadura. La santidad es cambio de bienes: cambio mi voluntad en la Voluntad de Dios; cambio los placeres de la carne en los placeres del espíritu y los bienes de la tierra por los del cielo.

3. Con el fin de sublimar el cristianismo lo hemos deshumanizado. Se empeña de dividir uno del otro. No debemos renunciar a lo humano; éste ha quedado divinizado. La parte de toda unión es comunión. El pecado separa todo. Cristo ha venido a restituírnos del pecado. Unió la divinidad a la humanidad: Si fuéramos más sensibles a lo humano, más nos pareceríamos a Cristo. Lo importante es encarnalizarlo todo: Que todo sirva para Gloria de Dios.

(F IX 5)

Llevar vida divina es vivir según Dios, animado por El, hacerlo todo bajo la influencia de la gracia, de manera que venga a ser el hombre más y más participe de la naturaleza divina.

(F II 41)

Los santos practican mucho más y mucho menos de lo que se contiene en los programas de perfección por los cuales se rigen. Mucho más, porque en sus vidas, cuya base es un natural singularmente favorecido y por lo mismo fecundo en recursos de todo género, hay que contar siempre con el arranque genial, con la invención que sorprende y maravilla. Pero también mucho menos; porque no cabe en lo humano proponerse un objetivo sublime y lograrlo enseguida con aquella misma perfección con que se proyectó. Miguel Angel atormentado por el sentimiento de no poder jamás dar forma plástica al sublime ideal artístico que concebía su mente creadora, solía decir: «No puedo traducir mi terrible pensamiento».

Después, salvando las proporciones debidas, lo mismo sucede a todos los demás mortales que acarician levantados proyectos.

Crear que solamente se sirve a Dios cuando se ejercitan actos de piedad, mortificación o religión, es un error sumamente perjudicial, es un empequeñecimiento monstruoso del vastísimo horizonte cristiano, es una miopía de mal género, que solo sirve para conducir las almas a una especie de raquitismo piadoso, en fuerza del cual vuélvense incapaces de toda obra generosa y perfecta.

(F II 28)

La santidad es la voluntad decidida que coopera a la gracia de Dios.

(F II 81)

Un alma santa decía que no hay camino más seguro para ir a Dios, y adelantar sin temor de ilusión el ne-

gocio de su perfección y salvación, que el de llevar al exterior una vida ordinaria, y al interior dejar hacer a Dios y entrever su santa voluntad en todas las cosas.

(F II 54)

Acerca del modo de proceder en la vida espiritual, es preciso andar a paso lento, y con mucha discreción. La precipitación engendra tinieblas en el espíritu y con ella casi nunca se consigue el fin de nuestras obras.

(F II 56)

Todo lo que en vuestra vida, no os encamina al cielo, tiene una dirección inferior, funesta o inútil para nuestra bienaventuranza eterna.

(F II 64)

Nuestra perfección se halla en ser fieles a la voluntad divina; no está ni más acá, ni más allá.

(F II 65)

Un alma que obra habitualmente por desinterés puede merecer más en las acciones diarias, que no merece otra realizando acciones brillantes movida por un principio menos encaminado a Dios.

(F II 66)

¿Dónde deben dirigirse los pensamientos de un alma llamada por Dios a la perfección? Al Sagrario, al Cal-

vario, al Cielo. Por consiguiente, muy por encima de la tierra y de sí misma.

(F II 66)

La acción divina no quiere encontrar obstáculo ninguno en la criatura. Todo le sirve, todo le es útil y oportuno, todo es nada sin ella, y la nada es todo con ella.

(F II 68)

Todo es virtud cuando se hace lo que Dios quiere y porque Dios lo quiere.

(F II 72)

Quien lleva vida santa no está por el mismo caso libre de toda falta, de toda flaqueza, no: *el hombre de bien* si se ha ejercitado durante más tiempo en la virtud, o porque está dotado de buen natural, puede tener menos defectos que *el hombre de Dios*; y, sin embargo, ¡cuán superior es éste! ¿Y en qué consiste esa superioridad? En la perfección del corazón. Si la conversión es reciente, o si el temperamento es más fogoso o más inconstante *la conducta* tendrá aún no pocas imperfecciones, pero *el corazón* ya es perfecto, en el sentido de que va hasta Dios. Reza el S. Rosario, comulga, oye Misa, se consagra a la práctica de la virtud. – ¿Por qué? ¿Quizá para perfeccionarse? – Sí; pero el cuidado del propio perfeccionamiento está subordinado a otro cuidado: adorna y embellece su alma con las galas de las virtudes para agradar al Soberano Amigo; y, si por un imposible, la virtud no agradara a Dios, al punto daría de mano a perfeccionamiento y virtud:

suspira, sí, por las gracias de lo alto; pero entre esas gracias, la principal y a la que subordina todas las demás en su estimación, es la gracia incomparable del amor divino y de la perseverancia en ese amor.

(F II 76)

La acción de gracias, suave, pero imperceptiblemente, cambia nuestra religión en un servicio de amor, induce a mirar todas las cosas desde el punto de vista divino; a ponernos del lado de Dios, aún contra nosotros mismos, a identificarnos con sus intereses, hasta cuando parecen que se hallan en abierta oposición con los nuestros; a romper en su consecuencia, más eficazmente con el mundo; renunciando de lleno a todas sus pompas y vanidades; hasta profundizar el origen y raíz del conocimiento de nuestra propia vileza, la cual es peor todavía que la misma nada en la presencia de Dios; y ¿qué es todo esto sino hacer nuestra conversión más total y completa? – Ni es menor el efecto de la acción de gracias sobre nuestro adelantamiento en la santidad; todo progreso en la vida espiritual nace del amor, y el amor es, al mismo tiempo, causa y efecto de la *acción de gracias*.

(F II 78)

¡Cuántas veces el deber aparece claro, la voluntad de Dios bien precisa, pero es necesario hacer un esfuerzo, un sacrificio vencer una dificultad! Entonces procuramos engañarnos, persuadirnos que Dios es menos exigente, en fin, que ya resolveremos más tarde. Pero después se apaga la luz, la inclinación al renunciamiento y a la perfección se embota, decrece el amor a

Dios: tal es la historia de muchas almas que serán durante toda su vida mediocres, dolientes, descorazonadas.

(F II 86)

¡Cuán excelente cosa sería no tomar en todo lo que a nosotros se refiere sino lo que glorifica a Dios y lleva a su amor! El pajarillo sabe perfectamente romper la semilla que le ofrecemos, rechazar la corteza y comer el grano. Nosotros hacemos casi siempre todo lo contrario, nos quedamos con el envoltorio y abandonamos el fruto. El docto P. Rodríguez dice que ante las contradicciones nos asemejamos al perro herido por una piedra: en lugar de ver la mano que la ha lanzado se precipita neciamente sobre el guijarro y su cólera no tiene otro efecto que hacerse daño a los dientes.

(F II 86)

1. Estamos destinados a vivir eternamente.

¿Valdrá la pena rebelarse para después sufrir eternamente? Puede decirse que nuestra eternidad depende de un momento, de un instante que se escapa y de un instante que nos espera, y que de allí depende para siempre.

2. Podemos elegir una eternidad feliz. No podemos escoger nuestro nacimiento, nuestra familia, comodidades y vicisitudes, ni siquiera los años de vida ni la hora y modo de la muerte; pero sí podemos elegir nuestra eternidad. ¿No deberemos escoger la buena, cueste lo que cueste? Tomás Moro, en tiempo de Enrique VIII escogió el Cielo en vez de la apostasía.

3. Debemos pensar siempre en la eternidad elegida. Job en medio de sus dolores se consolaba diciendo: Después de la noche vendrá el día. Ah, ¿podrá haber un pensamiento más consolador que el de la eternidad feliz que escogí?

El mundo corre tras los placeres; en cuanto a mí, escojo el trabajo y el sacrificio por el gozo que me espera.

¡Oh eternidad bienaventurada! ¡Tú serás siempre mi sostén y el aliento de mi vida!

(F X 61 A)

Es necesario que pensemos en esto de un modo más práctico. Nosotros admiramos la vida de los Santos: todo lo que han hecho cooperando a la gracia de Dios, pero de allí no pasamos. No pensamos que la misma obligación que ellos tuvieron tenemos nosotros. La Iglesia nos los propone para modelos para que nosotros hagamos lo mismo. Pues así debemos hacer cuando leemos la vida de los misioneros: Peligros, dificultades, hambre, y [...] de hecho, pensamos que cada uno debe ser un misionero. Es un mandamiento: Dios a cada uno le dió el deber de cuidar por el bien de sus semejantes. Nadie puede llegar a la santidad si sólo se preocupa del fin de sí mismo.

No somos un huerfanito perdido por allí. Somos hijos de Dios, y así tenemos que preocuparnos por el bien de nuestros hermanos; por el bien de los miembros cuya cabeza es Cristo. Esto es lo que se llama en el dogma católico «la Comunión de los Santos». Esto debe animarnos para trabajar con mayor generosidad por el bien de nuestros hermanos.

(F X 68 B)

Las ocasiones, las injusticias, etc. el espíritu de fe, son escaleras para subir a Dios; sin este espíritu, serán escaleras, sí, pero para bajar al suelo... o sino al infierno.

(F XII 1)

Somos los peregrinos que vamos hacia el Cielo, la fe nos ilumina nuestro destino.

La meta está en lo eterno, nuestra Patria es el Cielo, la esperanza nos guía y el amor nos hará llegar.

El hombre no es plenamente hombre si no se ha dado plenamente a Dios.

El hombre alcanza su plenitud en el amor a los demás.

(F XII 75)

¡Qué semejantes son las almas y las flores!... Hay flores que cifran toda la galanura de su vida en los variados matices de sus pétalos. Brillan y mueren sin dejar en pos de sí, ni siquiera el halago de un aroma. Las hay de cálices fecundos en perfumes que embalsaman el ambiente durante la corta duración de sus vidas, pero que al morir exhalan la última gota de esencia, dulce juguete de las brisas que la disipan... y nada más...

Otras... las más sencillas, comienzan en primavera por engalanar los troncos desnudos de los árboles embriagando el ambiente con perfumes saturados de esperanzas, y cuando mueren no perecen sus matices ni sus aromas, sino que se transforman hasta cargar las ramas de frutos, encanto de la vista y deleite del paladar que llevan dentro de sí gérmenes de perenne renovación...

Así son las almas...

Las hay que deslumbran con sus apariencias virtuosas, pero si os acercáis no encontraréis más que colores vanos y tendencias egoistas...

¡Vanidad y nada más...!

Las hay que irradian en torno suyo efluvios de bondad. Sus palabras son dulces, la sobrenaturalidad florece de continuo en sus labios, sus sentimientos parecen de cielo, pero en su corazón no anida el sacrificio. Son también egoístas. Dan lo que nada les cuesta, y aún de eso badalá que dan, tratan de recaudar lisonjas...

Palabras y sentimientos que se desvanecen y nada más... Las otras, las sencillas, las sacrificadas, las que se convierten en frutos aromosos, son almas que no gallardean con apariencias, que apenas cautivan con el perfume de meras palabras y sentimientos que se disipan, sino que olvidadas de sí mismas se despojan a la vista de los hombres de sus propias apariencias y se convierten en frutos sazonados de virtud y buenas obras, multiplicando indefinidamente el bien que sacia a los que lo gustan y redime a los que se les acercan.

Su vida parece como que se oculta, pero sus obras las manifiestan...

En ellas se verifica la palabra infalible que dijo: «Al árbol lo conoceréis por sus frutos...» (Mt 12, 33).

¡Qué semejantes son las almas y las flores!...

(F II 27)

A tres cosas llama Dios a todas las almas: a obrar, a sufrir y a orar: a obrar sin desfallecimiento, a sufrir sin quejarse, y a orar sin desanimarse.

(F II 30)

Los defectos de que deben principalmente acusarse las personas que tienden a la perfección son las inspiraciones a que hayan resistido, los sentimientos de amor propio a que hayan dado oídos, en fin, todo lo que hayan hecho, dicho u omitido con reflexión y propósito deliberado y entienden ser contrario o poco conforme con la Voluntad de Dios.

(F II 39)

Como las cosas pequeñas nos salen al paso a cada instante, la exacta fidelidad en tales encuentros supone mayores alientos, mayor generosidad y constancia de lo que comúnmente se cree. Supone nada menos que una virtud consumada; porque, al fin, se trata de vernos a nosotros mismos a cada momento, para seguir en todo las inspiraciones de la gracia, sin admitir deliberadamente ni un pensamiento, deseo, palabra u obra que desagrade a Dios en lo más mínimo, y haciendo cada cosa con toda la perfección que tiene derecho a esperar de nosotros; y todo esto *sin desfallecer* jamás, ni hacer concesión alguna a la naturaleza corrompida. Nada hay en los santos que nos parezca tan digno de admiración como esa exacta fidelidad; nada que exija mayores y más redoblados esfuerzos.

(F II 46)

Salirse de sí: he aquí, en una sola palabra, la práctica de muy extensos deberes, a saber: pensar lo menos posible en sí, no hablar de los propios defectos ni de las buenas obras, ni de la familia, ni de las relaciones que se cultivan, sin tener precisa obligación de hacer-

lo, y dejar, sin resistencia alguna, que los otros hagan con nosotros lo que gusten.

Sale uno de sí, cuando cumple sus deberes, sin dirigir a esa observancia la más leve mirada que humana sea, con el recuerdo solamente de que cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras, ha estado y estará eternamente presente a Nuestro Señor para glorificarle o tal vez afligir su Corazón.

(F II 65)

Desead adquirir una virtud muy elevada; ese deseo será extraordinariamente agradable a Dios. Su gracia excita en nosotros santos deseos que no los realizaremos tal vez jamás, pero Dios se complace en tan fervientes aspiraciones.

(F II 66)

La santidad consiste, principalmente, en ejercitarse en actos de amor. Si no podéis llegar a una intensidad de amor, efecto de una gracia extraordinaria, sed al menos fiel en los actos que la gracia ordinaria os inspire. Es siempre posible con ésta multiplicar los actos de amor, y en su consecuencia, aumentar el grado de ese amor. Y Dios que os ha creado para amarle, ¿no tiene deseo infinito de concederos a cada instante la gracia de hacer actos de amor? Ese amor, que es la elevación de vuestra alma, es un fuego devorador; si consume vuestra alma, ésta estará dispuesta a levantarse de la tierra, así como se levanta la hoja de papel al ser presa de la llama.

(F II 67)

Un corazón que sube hacia arriba demuestra más generosidad que un corazón puesto en las cosas de la tierra. El corazón es un océano de donde pueden levantarse a cada momento olas de amor a la Majestad divina.

(F II 66)

La sabiduría del alma sencilla consiste en contentarse con lo que le es propio, encerrándose en los límites de su camino, sin salirse de su línea; sin tener la curiosidad de saber cómo obra Dios; contentándose con ver cumplir su voluntad santísima sobre ella, sin querer adivinarla por medio de comparaciones y conjeturas; no se afana por saber más de lo que en cada instante le revela su voluntad divina; escucha la palabra del Verbo eterno cuando se hace oír en el fondo de su alma; y no se informa ni anhela saber por el Esposo lo que éste dice a las demás, contentándose con lo que recibe en lo interior de su corazón; y de este modo sea que reciba mucho o poco, y de la naturaleza que se quiera, todo en cada instante, y sin saberlo ella misma, la embelleza y diviniza por decirlo así.

Esos actos que se pueden hacer u omitir sin ninguna falta, ponen a veces el espíritu en angustiada perplejidad. Cuando una obra es de mucha perfección y no sentís cierta inclinación a hacerla, y hasta disentís interiormente su oportunidad, hay lugar a dudar si Dios quiere que la practiquéis. Recogeos un instante, decidíos en favor o en contra, y después no penséis más. En general, cuando Dios quiere formalmente una cosa, ilustra suficientemente al alma para que no pueda resistir a su voluntad tranquilamente. Allá dentro le queda el remordimiento.

(F II 68)

A medida que Nuestro Señor transforma en sí un alma, el sentido sobrenatural que yo llamo de buen grado el sentido divino, llega a ser más delicado, más clarividente, cuando las pasiones no turban su ejercicio. Ese sentido reside en la parte superior del alma, y su acción procede de la fe y no de una impresión sentida del amor. Jesucristo abre en el alma esa percepción fina y viva de su presencia que hace desear ardientemente agradecerle en todas las cosas y temer la menor frialdad de su corazón. Dispone así esta alma a practicar con fortaleza todas las virtudes y a arrostrar con frente serena todos los sacrificios.

(F II 69)

El alma de fe, que conoce el secreto de Dios, y en él se abandona, y vive en perfecta paz, todo lo que en ella y fuera de ella pasa, aumenta su tranquilidad y su confianza en lugar de asustarla. Intimamente persuadida de que Dios la guía, nada teme, todo lo toma como prueba de su amor y bondad, y vive olvidada de sí misma, en quien Dios trabaja, sin pensar más que en la obra que le encomendara; que es amarle y manifestarle este amor con el fiel y exacto cumplimiento de sus obligaciones.

(F II 70)

El cielo consiste en vivir en el Corazón de Jesús. La felicidad es, por tanto, para cada uno de nosotros la conquista y la posesión de Jesús, ahora en el tiempo y después en la eternidad.

(F II 83)

Si amamos a Dios, evidentemente seremos celosos de su gloria, y tanto mayor será nuestro celo, cuanto más encendido sea nuestro amor hacia su Divina Persona. Cuando una criatura extremadamente sensible por los intereses de Jesús oye cualquier escándalo, luego al punto siente en su ánimo una angustia horrible; día y noche no hace otra cosa sino pensar en El; habla con amargura de su corazón de semejante falta; apenas puede disfrutar de un momento de reposo, y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada.

(F II 77)

El alma sencilla se contenta con amar a Jesús y cumplir su divina Voluntad en el momento presente. Así se desliza su monótona pero feliz existencia. No tiene penas porque para ella los sufrimientos se truecan en alegrías. No tiene preocupaciones porque Jesús piensa en todo por ella. Nada teme porque todo lo mira venir de las manos de Jesús a quien únicamente ama. De esta suerte vive el alma perdida en Dios. ¿Qué le importa a esta alma la vida? ¿Qué le importa el mundo?... Después que se dió a Jesús el alma, ya toda de Dios a cada instante se ejercita en morir, a cada instante se renuncia a sí misma por su acto de ofrecimiento voluntario y sacrifica a Dios todo lo que es, todo lo que tiene o pudiera tener algún día. Le sacrifica su alma para que la santifique y la una a sí; le sacrifica su cuerpo para que lo conserve o destruya según su gusto; le sacrifica su vida para que la tome en el momento que El mismo haya escogido y en las circunstancias que haya determinado. Cada instante de su vida es una muerte aceptada de antemano.

(F II 99)

¿Qué es sacrificarse? Es darse a Dios, es entregarse en sus brazos mediante un fervoroso acto de amor. Darse a Dios es olvidarse de sí para no pensar sino en Aquel al cual se ha entregado. El alma bajo el imperio del amor debe renunciar a mirar por sí, al cuidado de su porvenir y consagrarse enteramente al servicio de Dios dejándole a El el cargo de ocuparse de todo... Darse a Dios es sacrificarse a sus intereses. Amor, olvido y sacrificio; consagrarse a los demás olvidándose de sí; olvidarse para ayudar mejor a Jesús. Amar. Amar olvidándose y sacrificándose.

Sacrificarse es entregar a Jesús la propia existencia y consagrarle todas las fuerzas del cuerpo, las energías de la voluntad, todas las luces y todos los recursos de la inteligencia. Sacrificarse es ceder a Jesús el pleno dominio sobre nuestro ser; rogándole, disponga de él cuando y como le plazca, lo utilice mediante el trabajo o el sufrir, la actividad o el reposo, las fatigas, las mortificaciones.

Sacrificarse es dar la propia juventud, la salud, el tiempo, los bienes para ayudar, consolar e instruir a los demás.

Cuánto se engañan los que piensan que para inmolar-se son precisas acciones de lustre, circunstancias extraordinarias. La vida humilde y oculta pero consagrada por entero al deber es la verdadera vida, es la inmólación bajo su forma más real.

(F II 99)

En el reino del espíritu, todo está bien unido. No somos santos porque nos falta la voluntad. Sólo cuando destruyamos el egoísmo seremos santos. Sólo cuando nuestro defecto dominante sea extraído avanzaremos

en la virtud. Siempre vivimos pensando en el futuro y no vivimos intensamente el momento presente. Son muchas las personas que nunca entran en sí mismas, haciendo examen de conciencia: ¿Qué hice hoy? ¿Cómo lo hice? Evitar las ocasiones que el deber no nos exija. La voluntad, las ideas tristes y deprimentes hay que alejarlas. Los caracteres se forman por las decisiones firmes y el amor. Hasta cuando lleguemos a convencernos que el bien (el amor) es mejor que el mal, egoísmo, nunca seremos santos.

(F IX 8)

Vigilar siempre. Mantener siempre el equilibrio entre el apostolado y la oración. Mucho hace uno perfecto y no mil que no lo son. Tapar el oído para no oír el canto de la sirena.

El apóstol más fecundo es el santo.

(F VIII 6)

La perfección consiste en el amor a Dios y al prójimo.

1. Así lo dice el Evangelio de S. Marcos: El primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con todas sus fuerzas y el segundo es semejante al primero (cf *Mc* 12, 29-31).

- a) Amar a Dios es: primero estar en gracia de Dios, si no, no somos buenos cristianos;
- b) no cometer pecado mortal;
- c) y amar a Dios con las obras, con el cumplimiento del deber, sacrificándonos si es preciso;
- d) y con todo el corazón, con todos nuestros afectos; haciendo continuos actos de amor y entonces sí, podemos decir que poseemos la perfección cristiana.

2. Pero quien dice que ama a Dios y no ama al prójimo, es un mentiroso (1 *Jn* 2, 4), y amar al prójimo es hacerle el bien, perdonarlo y perdonarlo de corazón. Luego la perfección cristiana es una actividad constante de manifestar a Dios, practicando nuestro amor al prójimo por amor a Dios.

El mucho rezar cuando va contra las obligaciones del propio estado y de la obediencia, está claro, es engaño a sí misma, porque con sus rezos se busca a sí misma. Cuántas veces decimos ¡Hágase la Voluntad de Dios; hágase su santísima Voluntad! y la Voluntad de Dios es practicar los mandamientos y éstos se reducen a amar a Dios y al prójimo. «Toda la ley se compendia en esto» (*Mt* 7, 12).

(F X 73)

Sed Perfectos

Los medios

La oración, la recepción de los Sacramentos y el examen de conciencia; pero como base la vigilancia: «Vigílate» (*Mt* 24, 42).

1. Vigilar es poner en práctica “la discreción” considerando si nuestras obras son producidas por la naturaleza o por la gracia.

La naturaleza quiere que sean nuestras obras conocidas, mientras que la gracia que sean ocultas.

2. Fijarnos que la naturaleza quiere la abundancia de las cosas materiales, mientras que la gracia sólo quiere los bienes espirituales y el Sumo Bien. La naturaleza al hacer el bien es inconstante; un gran entusiasmo para hacer el bien, para el apostolado, para empre-

der nuestra satisfacción; es un fuego; pero un fuego fatuo. A la primera contrariedad fracasa y sigue la desilusión. Pero la gracia persevera a pesar de todos los obstáculos. La naturaleza busca su propio placer, lo agradable; luego se apoca ante cualquier dolor, mientras que la gracia tiene sus complacencias en esto, buscando a Dios en todo.

La naturaleza busca la consolación de Dios y desea ser grande a los ojos de Dios mientras la gracia se considera como el ser más pequeño, ínfimo ante un Dios Santísimo.

La naturaleza es impetuosa, imprudente; pero la gracia nos hace más perfectos en la obediencia. La naturaleza, sobre todo empuja al pecado, sobre todo a la soberbia y a la sensualidad. Y la gracia nos invita a estar muy alerta para conquistar la perfección.

(F X 73 B)

Sería anormal una persona si se pusiera a hacer una cosa sin saberlo.

El secreto para hacer bien nuestras obras es poner al frente el término, el coronamiento de ellos.

Pensemos cuáles son los impulsos del mundo en estos días. Tiene que ir al fracaso porque se busca a sí mismo y todo triunfo se atribuye a la inteligencia del hombre y para bien y gloria del mismo.

Socialmente dice el hombre que está resolviendo los problemas del mundo y los campos estériles son hoy campos de riqueza, y se levantan las grandes ciudades y... ¡cuánta victoria! ¿Mas, habrá perdido el hombre su propio fin? Si así fuera, irá a su ruina eterna.

Nosotros tenemos como fin, el que ha sido nuestro principio. Hay mucho avance en el campo educacio-

nal, de la ciencia, de la cultura; pero como de él se aparta a Dios, vendrá a ser como castillo de naípe.

Venimos directamente de Dios y a El debemos volver. Todo lo que no se basa en Dios vendrá a ser pecado. El comunismo que se considera una institución de redención social, vendrá a ser también un día una disolución porque no tiene por fin a Dios.

Todas las criaturas que Dios ha creado, se vuelven a Dios, su fin, pero el hombre que es la criatura inteligente, más perfecta, se aleja de Dios, de su fin que es servir a Dios: Conocerlo, amarlo y servirlo, para después gozarlo para siempre en la gloria.

(F X 74 A)

No se puede servir a dos Señores

(Mt 6, 24)

1. No es posible servir a dos Señores opuestos: Jesucristo y el demonio. Así como no es posible unir la luz con la tiniebla, lo blanco con lo negro, lo dulce con lo amargo, o más bien dicho: la virtud con el vicio, el cielo con el infierno. Oír Misa, asistir a las prácticas de piedad, practicar algún acto de virtud y luego dejarse llevar del amor propio, de la soberbia, de la envidia, etc., es servir a Jesucristo a medias y El ha dicho: razones partidos yo no los quiero.

2. A cuál de estos señores es preferible servir. El que busca servir a otro, busca a uno que sea rico, justo, generoso y amable. Así se presenta el demonio a nosotros; pero en el fondo es duro, perverso y cruel. Le ofrece goces incalculables y sobre todo verse libre de cualquier freno. Pero después... lo atormentará para siempre en el infierno. Jesucristo en cambio se pre-

senta a nosotros con su cruz a cuestas diciéndonos: «el que quiere venir en pos de mí, etc.» (Lc 9, 23) y nos desea castos, mortificados y penitentes, humildes y sacrificados; pero en cambio nos da la paz y luego el Cielo.

3. Es necesario decidirse a servir a Dios solamente. Es preciso romper de un tajo los lazos de la pereza espiritual. Se requiere una resolución eficaz, más que con las palabras con el corazón.

(F X 85 B)

El hecho del Evangelio según San Mateo (Mt 19, 18-22); el del joven rico. Nuestro Señor le dió una mirada de amor al ver al joven que había cumplido los mandamientos. Nosotros recibiremos igual mirada de amor si cumplimos nuestra finalidad: de conocer, amar, etc. Aquí todo nos ayuda a conseguir nuestro fin, pero el mundo se mete en todas partes para desorientarnos, nosotros debemos buscar sólo y en todo la gloria de Dios.

Los animales son para la tierra por eso miran para abajo, nosotros somos para mirar al Cielo y poseerlo eternamente. Nosotros nos servimos del mundo para rechazarlas y por este medio estamos amando a Dios (cf Jn 17, 11.14).

A medida que nos dediquemos a nuestra santificación, ésta será la medida de salvación de las almas que tendremos.

Hay muchos hombres que viven buscando el oro, otros la ciencia, otros los honores, “Bienaventurados los que buscan sólo el amar a Dios”.

(F VII 7)

Vida sobrenatural

1. La definición del hombre es desde la venida de Cristo: un ser sobrenaturalizado, El lo redimió, lo elevó hasta Dios. Enraizados y fundamentados en Cristo, debemos crecer en El. Por tanto no debemos olvidar que somos del Señor y que estamos injertados a su vida, a su dolor, a su muerte y a su resurrección así que antes de entusiasmarnos de cualquier devoción debemos entusiasmarnos porque somos de Cristo, porque somos cristianos.

2. Somos hijos de Dios, somos hijos del Padre. La devoción que Cristo predicó fue la de su Padre. De modo que debemos temer a Dios, pero no un temor servil, sino el de un hijo para con su padre; temor filial, amor que tiene miedo de disgustarlo. Lo que sucede en la vida natural sucede en la sobrenatural, a medida que se crece en ella se comprende mejor la paternidad.

3. El que realiza esta vida sobrenatural es el Espíritu Santo. El es el que nos mueve, nos anima y produce nuestro esfuerzo para santificarnos. Por El nos vivificamos.

La inteligencia es la facultad del alma más importante; es lo que la hace unidad. Perdida ella ya no existe el hombre. ¡La relación de la inteligencia con las tres Personas Divinas es la fe! Por ella creemos que Dios es nuestro Padre, el Hijo nuestro Redentor y el Espíritu Santo nuestro santificador.

(F VII 8)

Debemos estar convencidos de que el primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas.

La fe son los pies, la guía es el amor.

Este amor de Dios debe ser nuestra obsesión, nuestras alas para remontarnos a El.

El espíritu de piedad: cumplir nuestro deber por amor de Dios, es el auténtico amor de Dios. Es un deseo de estar unido a Dios, de compenetrarse en El. «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10, 31). “los derechos se exigen, los deberes se imponen”, así debemos practicar nuestras prácticas de piedad con derechos, lo cual *es una necesidad*.

La vida sobrenatural: vida de fe, esperanza y caridad, debe ser alimentada por la piedad.

Debemos dirigirnos a Dios con la oración en los momentos difíciles y El nos comunicará su serenidad eterna.

(F VII 8-9)

Dios está presente en nosotros más que nosotros a nosotros mismos. Nosotros estamos presentes a nosotros mismos a través de nuestra actividad, de nuestra inteligencia (lo que no puede un niño, un idiota), más es una presencia parcial; la presencia de Dios en nosotros es *total*.

La presencia de Dios por la gracia es la unión más íntima de Dios por el amor. No es una unión sustancial, como la de la naturaleza humana del Verbo con lo Divino, ni una unión moral ni simbólica, sino una unión física. Dios está presente en nosotros con su misma vida. Dios se da a nosotros como persona por medio del Espíritu Santo.

En nosotros puede desarrollarse la vida divina. Esta vida puede adquirir diversos modos; puede adquirir mayor o menor presencia. El alma que vive unida a Dios, pensando sin cesar en su divina presencia en

ella, puede llegar a experimentar anticipadamente el Cielo en la tierra.

El aumento de la preferencia de Dios, depende de la gracia actual, no de la habitual. Entonces sí, pensamos, obramos y amamos por el mismo Dios.

La santidad es: «la unión con Dios».

(F VII 4-5)

No todos podemos hacer penitencia, sacrificios, maceraciones, pero sí, todos podemos amar. Es el amor de Dios que se prolonga en nuestros prójimos.

(F VII 6)

Así como el alimento material nos hace crecer, sin darnos cuenta, así también, el espiritual: la santa Comunión, nos hace crecer en la virtud misteriosamente.

(F VII 5)

Está la santidad más elevada y la felicidad más completa en decirse mutuamente Dios y el alma esta palabra: “Hágase como Tú lo quieres...”.

(F V 11)

La perfección consiste no en reconocer los defectos sino en corregirlos. La perfección consiste en la caridad y ésta, en el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

(F XIII 14)

Las pasiones, tristezas, facilidades de cometer los pecados veniales negligencias en los deberes, e insensibilidad a las inspiraciones, son los obstáculos a la perfección.

(F XII 87)

Buscar a Dios en todo y consagrarle todas nuestras acciones; he aquí la única aspiración digna de nuestra existencia.

(F II 10)

Dios ama con predilección los corazones ardientes que nada escatiman cuando se trata de sacrificios, escucha las plegarias suplicantes que brotan de las almas a quienes ha marcado con su sello divino, y que no hallando sobre la tierra nada que les satisfaga anhelan y suspiran por la Belleza Eterna.

(F II 11)

El Señor hace progresar a sus almas electas de virtud en virtud. Basta ponerse de corazón en sus manos, que El piensa en todos y no nos deja a medio camino.

(F II 15)

Para alcanzar la paz es necesario:

1. no ocuparnos de lo que no nos concierne;
2. saber guardar silencio.

(F II 3)

Una sola afición por poca y desarreglada que sea es un obstáculo a la paz del alma, progreso espiritual y unión con Dios.

(F II 17)

La pureza es luz y el alma pura está desligada de la materia, libre de las cosas de la tierra y hasta olvidada de sí misma.

(F II 30)

El hombre devoto tiene el firme propósito de no negar nada a Dios, ni conceder nada a su amor propio; está firmemente resuelto a no cometer falta alguna voluntaria, pero no por eso vive inquieto, procede con llaneza y sin preocuparse de mezquindades. Si cae en alguna culpa no se turba, sino que se humilla, se levanta y no se preocupa más de ella.

(F II 39)

Todas las almas a quienes Dios llama a la santidad, poseen cierta nobleza de sentimientos que las hace superiores a los bienes de la tierra; y al mismo tiempo cierta ternura de corazón, que las hace sensibles a las miserias de los demás, y las induce a sacrificar parte de lo suyo para aliviarlos. Pues bien, de la reunión de estas dos cualidades, nobleza de sentimientos y ternura de corazón, nace la generosidad.

(F II 43)

En todas partes vemos obrar a los Santos, pero gene-

ralmente no se ve la mano que los dirige. Se ven sus trabajos, sus sacrificios y abnegación; pero una parte de su vida se mantiene oculta, y ésta es la más bella; es esa vida íntima, secreta que sólo un hombre conoce aquí en la tierra, el confesor, y en la cual no obstante se encuentra la última solución la sólo verdadera explicación de la vida pública. Los mil pensamientos que callandito se depositan en el santo tribunal; las turbaciones, las inquietudes que se disipan cayendo en el oído amigo del confesor; los consejos que se reciben; los remedios que aquel indica; el camino, en fin, que traza todo esto en la vida de los Santos es generalmente invisible. El Santo de rodillas en el santo tribunal, ha hecho todas sus confidencias humilde y amorosamente, pero quedaron cubiertas con un eterno silencio, y no resucitarán hasta el último día.

(F II 47)

Es una tentación y *un peligro* tener demasiado apego a ciertos socorros espirituales, excelentes cuando Dios los da, pero que pierden todo su valor ante lo único necesario.

(F II 56)

¡Cuántos peligros encierra una dirección demasiado minuciosa y frecuente! A menudo mézclase mucho amor propio, sutil e imperceptible afán de consolaciones humanas, intelectuales o sensibles. Llega un alma a examinarse, a analizarse demasiado, incluso durante sus oraciones. ¿No es más útil abismarse en su miseria bajo la mirada de Jesús e implorar su Luz? También se encuentran almas que se imaginan que la per-

fección consiste en no tomar por sí mismas ni la más pequeña decisión por lo que tórnanse pusilánimes, titubeantes, y pierden la energía de su carácter.

(F II 96)

¡Cuántos secretos no se complace Nuestro Señor en revelar a las almas sencillas y generosas! Bendice y secunda a aquellas que trabajan sin descanso para desnudarse de sí mismas, que se abren a sus divinas ilustraciones y que responden al deseo que El tiene de unirse y compenetrarse más íntimamente a ellas.

(F II 86)

Nos dejan maravillados las manifestaciones de Dios a algunas almas, a los santos, a san Juan, a santa Teresa, a santa Gertrudis, a santa Margarita María. Pero esto nada tiene de extraordinario; si nosotros fuésemos fieles como los santos, seríamos santos como ellos, *más se nos manifestaría Dios y su corazón*; El lo desea.

(F II 86)

Las pruebas cuanto más duras, son una señal de los desvelos con que Dios atiende a nuestra perfección. Notad que para aumentar la intensidad de esa crucifixión interna, la repugnancia, el disgusto y el tedio que se siente en la oración, pueden juntarse al dolor. Dios envía ordinariamente ese género de tribulación a las almas que ve dispuestas a hacer grandes adelantos en la vida espiritual.

(F II 57)

¡Oh, como se eleva fácilmente hacia el cielo el alma que se une, no a las criaturas sino a Jesús! ¡y le ama sobre todas las cosas! «Ella vuela, dice la Imitación: se cierne sobre la tierra, la olvida enteramente; porque todo está roto entre ella y el mundo, sólo Jesucristo reina en su corazón por encima de todas las cosas.

(F II 60)

Cuando se ama a Jesús y no se desea sino amarle, un acto de voluntad conduce a El, y hace perder los bríos a la imaginación siempre inquieta y curiosa.

(F II 64)

Habrà intimidad entre Jesucristo y el alma, cuando su vida se deslice pensando en El y amándole. Si la intimidad se forma por una constante mirada a Nuestro Señor, esa mirada continua, que es el amor operativo, ordena la vida y la endereza verdaderamente hacia arriba. Es el “sursum corda”, arriba los corazones, habitualmente practicado, sin el cual no hay vida íntima con Jesús.

(F II 69)

A medida que nuestra fidelidad nos une a Nuestro Señor más perfectamente El infunde al alma un convencimiento de su presencia, más fuerte que el testimonio de los sentidos. Y así piensa el alma, obra, ama y sufre cerca de Jesús, en una deliciosa intimidad que fue la de María, la de todos los santos.

(F II 69)

Dios, Nuestro Señor, grande en todas sus obras, se muestra sobre todo admirable en sus Santos. Escogiéndolos para sí desde la eternidad, míralos complacido luego al punto que vienen a este mundo; préviénelos con sus más regalados favores; fórmalos amorosamente con sus propias manos, y, para trasladar en ellos la idea eterna de su sabiduría, muévelos a seguir paso a paso a su Hijo unigénito, los dispone al cumplimiento de sus admirables designios.

(F II 72)

Cuanto más una persona desee adelantar en su perfección tanto más debe ser su empeño en mirar a Dios como a su Padre.

Afirma S. Tomás que son más meritorias las obras ofrecidas a Dios como a nuestro Padre, que aquellas que se le ofrecen como a nuestro Creador, porque el motivo es más excelente.

(F II 77)

El que quiera amar a Dios debe tener valor de olvidarse de sí mismo y entregarse a El sin cálculo. El alma debe sumergirse en Dios como la piedra arrojada al abismo. Bien sabe que esa piedra ya no subirá nunca jamás a flor de agua y que para siempre deja de servir para usos humanos. Así el alma al arrojarse en Dios se abandona a su providencia, se entrega a su acción sabiendo que ya no podrá permitirse ninguna satisfacción, ni mirar por sus propios intereses. Pero sabe también que ese abismo en que se hunde es un Dios infinitamente bueno, sabio y poderoso, el cual se cui-

dará de su salvación más perfectamente que lo pudiera hacer ella misma.

(F II 99)

La vida interior es un baño de amor en que vive sumergida el alma. Ella se encuentra abismada en el amor... Dios tiene el alma interior del mismo modo que una madre tiene en sus manos la cabeza de su hijo cubriéndola de besos y caricias...

Tal alma, sirviéndose de las obras de celo para acrecentar su amor, experimenta que al propio tiempo van creciendo su consuelo y su alegría. Participa del singular consuelo de contribuir a la salvación de las almas, y por consiguiente *del extremado gozo de consolar a un Dios* entregándole corazones.

La esencia de la perfección cristiana, dice Santo Tomás, consiste en el amor de Dios y luego en el amor del prójimo. El fin del estado religioso, añade el mismo doctor, es la perfección, del amor.

«No oigo hablar más que de perfección – dice S. Francisco de Sales – pero veo muy pocas personas que la practiquen. Cada cual se hace una a su manera. Para unos se reduce a la austeridad en la comida; para otros, en los vestidos; alguien cree que consiste en la frecuencia de los sacramentos; otras en ciertas clases de contemplación pasiva, llamadas dones gratuitos; pero todos se equivocan, pues toman los medios o los efectos por la causa. En cuanto a mí, no conozco otra perfección que amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a mí propio; toda otra perfección sin ésta, es perfección falsa... Aquella es el fin de toda consumación y la consumación de todo fin.

Todo el secreto de llegar a este amor, es amar, porque

así como se aprende a estudiar estudiando, a hablar hablando, a correr corriendo, a trabajar trabajando, así también se aprende a amar a Dios y al prójimo amándolos: los que adoptan otro método se equivocan».

El amor de que habla S. Francisco de Sales no es aquel sentimiento tierno o afectivo que, por residir en la sensibilidad, conmueve todo el ser; no es ese ardor que exalta, que para el objeto amado quiere emprenderlo y sacrificarlo todo, que se agota a los pocos esfuerzos, porque esos esfuerzos no están en relación con nuestra naturaleza débil e impotente.

Ese amor reside especialmente en la voluntad. Consiste en una estimación soberana de Dios dándole el primer puesto en los afectos del corazón. Consiste en una fiel adhesión a la ley de Dios, que dispone al alma a obedecer a Dios, a servirle, y a buscar antes su ley que toda ventaja temporal puesta en competencia con ella.

(F II 100)

Oh Señor: Haz conmigo como sabes y fuere de tu agrado y de tu mayor honra y gloria. Dispón de mí libremente en todo. En tus manos estoy. Vuélveme y revuélveme a la redonda. Ven aquí a tu sierva dispuesta a todo porque no deseo, Señor vivir para mí, sino para Tí, ¡ojalá que viva digna y perfectamente!

(F VII 20)

1. El Paraíso está preparado para nosotros. Dijo Jesús subiendo al cielo: «Voy a prepararos un lugar» (Jn 14, 2). Es cierto que he pecado; pero Dios Misericordioso me espera con El en el Paraíso.

2. En el Paraíso seremos plenamente pagados. Allí veremos a Dios cara a cara embriagándonos en su amor. Un suspiro, una mirada, una lágrima, todo, todo, será plenamente pagado.

3. Conseguir el Paraíso no es difícil; y aunque fuera difícil deberíamos emplear los medios para conseguirlo. Más después de todo no es difícil. Basta que observemos fielmente la Santa Regla; basta un poco de buena voluntad. Se quiere violencia; pero con la ayuda de Dios lo obtendremos.

(F X 61 A)

Quiero morir mil veces antes que pecar porque te amo sobre todas las cosas. Y te amo sobre todas las cosas porque eres mi Dios.

(F I 10)

Programa de Santidad

Tiempo de Cuaresma

Lucha contra el orgullo y el amor propio por el espíritu de oración y la meditación más asidua a la palabra de Dios. Ayuno, abstinencia y mortificación de los sentidos, y renuncia de las comodidades.

(F I 8)

Tres semanas en honra del

	Padre	y del Hijo	y del Esp. Santo
l.	puntualidad	paciencia	vista
m.	continencia	conformidad	oído
m.	piedad	silencio	gusto
j.	humildad	oración	tacto
v.	sencillez	bondad	pensamientos
s.	recogimiento exterior	caridad	palabras
d.	recogimiento interior	templanza	obras

(F I 8-9)

Cada día de la semana

En honor de cada Coro de los Angeles y de los Santos que se han distinguido en las siguientes virtudes hará que me la obtengan a mí.

Angeles

- l. Mi Angelito y todos los Angeles
- m. Arcáng. Angeles y Principados
- m. Potestades y Virtudes
- j. Dominaciones y Tronos
- v. Querubines y Serafines
- s. Reina de los Angeles
- d. Creador de los Angeles

Santos

- l. Humildad y paciencia
- m. Piedad y pureza
- m. Mortificación y espíritu de pobreza
- j. Santa libertad de espíritu
y amor a la Voluntad de Dios
- v. Amor al Corazón de Jesús
- s. Amor a la Virgen
- d. Generosidad y misericordia

(F I 9)

Dios no se entrega por completo a ti, ni te consume en tu unidad, ni te transforma del todo en sí mientras encuentre en ti alguna, cosa por mínima que sea, contraria a su querer. Hasta la más pequeña imperfección es contraria a la Voluntad de Dios. Por eso San Juan de la Cruz enseña: «La disposición para esta unión es: “la pureza y amor”. Entonces el alma más parece Dios que alma, y aún es Dios por participación; y aunque es verdad que su ser naturalmente tan distinto se le tiene del de Dios como antes aunque está transformada, como también la vidriera le tiene distinto del rayo estando de él clarificada. Ejemplos, según San Juan de la Cruz que no solamente la divina unión, sino el ir adelante en la perfección son hábitos imper-

fectos, no mortificados. La costumbre de hablar demasiado, la curiosidad no refrenada, el asimiento a cosas, pequeñas como a objetos, a personas, a ciertos manjares, etc., a los cuales no acaba de renunciar el alma, del mismo modo el apego a la propia comodidad, a ciertos gustos y satisfacciones sensibles, a pequeñas vanidades, a varias complacencias de sí mismo, al propio parecer y puntillos de honor. Estos son los hábitos de “voluntarias imperfecciones”, de los cuales basta uno que no se venza para impedir la unión con Dios.

(F I 7-8)

Concédeme, oh Señor, la soberana gracia del desasimiento total que me traerá el poder de amarte con todas mis fuerzas. ¡Oh, Señor! ¡Tú eres mi fortaleza, mi apoyo, mi refugio y mi libertador. Tú eres mi amparo en las necesidades y tribulaciones. Eres... mi Padre y mi Dios!

(F I 8)

Jesús mío, todo lo temo de mi debilidad, miseria, ignorancia y maldad; pero lo espero todo de tu infinito poder, riqueza, sabiduría y bondad.

(F V 14)

Jesús Sacramentado y María Auxiliadora. ¡Mis dos amores! ¡Concédanme que nada ni nadie distraiga o perturbe mi obsesión concentrada en los dos!

(F V 14)

Oh Amor, enséñame y ayúdame a amarte tanto cuanto Tú quieres que te ame y que ame y haga amar a la Virgen con locura.

(F V 15)

¡Oh Amor! ¡haz que viva y muera de amor por Tí! en los brazos de María y haz que ame y cumpla siempre con prontitud, exactitud y alegría tu Santa y adorable y divina Voluntad.

(F V 15)

En Dios está mi salvación y mi gloria: Dios es el que me socorre: en Dios está la esperanza mía.

(F V 15)

La vida vale tanto cuanto se emplea en el servicio de Dios.

(F V 16)

AMAR ES DONARSE: darse a sí mismo es egoísmo. Dios se ha dado a nosotros enteramente comenzando por la creación: Nos ha dado su semejanza. Luego su Encarnación, la Redención, la Eucaristía, su Madre... etc., todas las veces que nosotros no estamos satisfecho es porque hemos puesto un límite a nuestra generosidad.

(F X 83 A)

El amor de nuestro buen Jesús, siempre sensible y siempre en aumento, es la más segura señal de nuestro progreso en la santidad y la prenda y seguridad más cierta de nuestra perseverancia final.

(F VII 23)

Feliz tú si en todas las ocasiones, reconociendo a Jesús en las circunstancias penosas, en la palabra que molesta, en la disposición que te contraria, sabes decir con amor, como cuando lo reconozco bajo el blanco velo eucarístico: ¡«Señor mío y Dios mío»!

(F VIII 6)

Que ante Jesús Hostia el alma comprenda que debe permanecer escondida; que se sacrifique enteramente ante la Majestad divina de quien lo ha recibido todo, que se humille en proporción de los dones que El le ha hecho; que se aniquile por la sumisión más completa, por la dependencia más absoluta y después... imite en todo el anonadamiento de Jesús Sacramentado! Eucaristía quiere decir «acción de gracias».

(F I 21)

¿Si murieras en este instante, no quisieras haber trabajado más por Jesús y ser santa? ¡pues ánimo, optimismo y alegría!

(F V 3)

Crea en mí, Dios mío, un corazón puro y dame de

nuevo un espíritu justo y recto (cf *Sal* 50, 12).

Contra soberbia, humildad

Contra avaricia, largueza

Contra lujuria, castidad

Contra ira, paciencia

Contra gula, templanza

Contra envidia, caridad

Contra pereza, diligencia.

(F XIII 13)

Caminad siempre animosamente con los ojos fijos en mí que estoy crucificado en la cumbre, y en mis amados que a mi lado se encuentran.

(F II 34)

Jesús quiere hallar nuestro corazón dilatado por el amor y la confianza, y adornado de humildad, de caridad y pureza.

(F II 34)

El único fin que se proponen alcanzar en todo las almas interiores, no es otro que amar y glorificar a Dios: glorificarle por medio de acciones o pasiones dispuestas y ordenadas por el mismo Dios, y en las cuales no tienen que hacer ellas otra cosa que corresponder con toda fidelidad a los dulces impulsos de la gracia, amarle no sólo con actos formales de la voluntad y sentimientos afectuosos, sino también por medio de una perfecta y continua renuncia de sí mismas en las manos de Dios!

(F II 38)

Nada en el mundo puede satisfacer al que se contenta con Dios. El que tiene el amor de Dios no tiene ya ni temor, ni esperanza, ni deseo, ni ánimo, ni alegría sino para Dios, y todos sus movimientos están confundidos en este único amor celestial. ¡Oh qué buena cosa es no vivir más que en Dios, no trabajar sino para Dios y no alegrarse sino en Dios.

(F II 27)

Entre todos los amores ninguno hay más suave que el amor a Jesús, porque entre todos los esposos Jesús es el único que proporciona a sus esposas la paz en toda su exuberante plenitud.

(F II 4)

No hay nada más provechoso para el alma, que dejarse toda en manos de nuestro Señor en todo tiempo.

(F II 5)

Mi alma en las manos de Dios, en la cruz mi cuerpo y mi corazón en el tabernáculo.

(F II 10)

Cuando nos complazcamos en la humillación por el deseo de asemejarnos a Jesús, anonadado en la sagrada Hostia, habremos llegado al verdadero desprecio de nosotros mismos.

(F II 65)

Mi humilde pequeña vida toma infinitas proporciones si la transformo de todo y de tal manera que sea ella la vida de Cristo.

(F II 85)

Tanto más fecundo será mi apostolado cuanto más grande y más bello será Cristo en mi alma, cuanto más radiante será visto él en toda mi vida.

(F II 85)

A fuerza de girar en torno a El acabamos por olvidar lo que somos y no ver otra cosa más que a ese buen Maestro: Cuando rogamos «en su nombre» nuestros labios son los suyos; cuando nos arrodillamos es su cuerpo que se inclina; cuando amamos con ese amor con que el Salvador ha rogado por nosotros a su Padre es su corazón que se dilata; cuando sufrimos es El que continúa la redención; cuando queremos obrar el bien quiere que sea El el que demos a las almas, como una diminuta Eucaristía.

(F II 85)

Cuanto más gusta el alma de verse débil y miserable más apta es a las operaciones del amor que consume y transforma.

(F II 100)

Nada pediré para mí, sino el agradar de continuo a mi Dios. Quiero convertir toda mi vida en holocausto

para su mayor gloria; sus gustos serán mis gustos y su inmolación la mía.

(F II 31)

La humildad se consume en la santidad. ¡La santidad! Voy a demostraros en resumen cual es su marcha progresiva. Primero predomina mi satisfacción, mi voluntad, mis medios de acción. Después, cuando la acción divina me hace subir las escalas de la santidad, la gloria de Dios ocupa el lugar de mi satisfacción y la transforma; su voluntad sustituye a mi voluntad y la absorbe, su gracia reemplaza mis medios de acción y los simplifica en la unidad de su acción. Y este camino de la justicia va subiendo como el sol hasta el día perfecto, hasta el día del Cristo Jesús en que yo ya no tenga más satisfacción que su gloria, más voluntad, más movimiento que el de su gracia. El es mi Dios y mi todo. Yo vivo: pero no vivo yo, sino que Jesús vive en mí (Ga 2, 20). ¡Oh humildad!... ¡Oh santidad!... Oh unidad!... ¡Que hermoso es inmolarse así a la gloria de Dios, abandonarse a la voluntad de Dios, entregarse a la gracia de Dios!... Qué hermoso es inmolarse así, ser anonadado, sacrificado tres veces a la gloria de Dios, en la voluntad de Dios, por la gracia de Dios...

(F II 46-47)

Todo debe ser sacrificado para bien de las almas. Ya no me pertenezco: mi vida, mi salud son de Dios y de las almas, ya perdí todo derecho... Olvidarme para darme mejor y siempre, aunque todo se derrumba, aún en las luchas interiores, en las horas de abandono y de prueba, de enfermedad... hasta dejarse consu-

mir... La oración y servir son mis ansias que pueden mover a las almas mejor que las palabras.

(F VIII 6)

De una vida generosa y santa en continuo ejercicio de oración y de sacrificio, nace un ardiente amor apostólico.

(F VIII 6)

Tener un clima de recogimiento y de oración, y los momentos de pausa iré donde Jesús a llenarme de El por medio de la contemplación. Al lado del amor de Dios y de las almas, pensar que Dios lo hace todo...

(F VIII 6)

Por un solo fin: Jesús mio

Así como sobre las ruinas de edificios viejos se construyen otros nuevos, así hoy, derribo libre y voluntariamente mi vida pasada y sobre sus escombros, levanto otros enteramente nuevos.

Quiero y propongo firmemente vivir en adelante sin ninguna otra mira propia ni ajena, no más que, *según tus intenciones*: pensamientos, palabras, obras, trabajos, oraciones, sufrimientos y alegrías, serán ya sólo por tí, única y exclusivamente. Me olvido de mí, me desprendo de mí, me despreocupo y desentiendo de mí. Tú solo eres y serás de veras: «Mi único y mi todo».

(F XI 73)

¡Oh Dios mio, mi único e mi todo! ¿Quién hay en el Cielo y en la tierra para mí fuera de tí? ¿Si no, por quién he agotado todas mis fuerzas? ¿Por quién se han terminado mis energías? ¿Por quién se ha consumido mi existencia? ¿Por quién no más he hecho trabajar las potencias de mi alma? ¿Sí, Dios mío, quién hay en el Cielo y en la tierra para mí fuera de tí? Oh, ya todo es nada para mí. Solo Tú eres todo para mí y yo para Tí. Vivo yo, más no yo, sino Tú en mí (Ga 2, 20).

(F XI 71)

Sólo quiero a Vos, Dios mío, pues sois todo mi Bien; haced, Señor, lo que queráis de este pequeño ser; que reciba impresiones, inspiraciones vuestras, que obre, que permanezca en tranquilidad, todo es uno, y vuestro beneplácito es el mío; todo es vuestro, todo lo quiero para Vos y por Vos; nada es, ni quiero que sea mío; en nada quiero entretenerme, todos los instantes de mi vida son vuestros, ninguno me pertenece, nada debo ni quiero buscar, ni aumentar, ni disminuir; a Vos toca arreglarlo todo; la santidad, la perfección, la salud, la dirección de *todo*, en una palabra es negocio vuestro, y el mío no es otro, Señor, que estar contenta de Vos, y de cuanto hacéis, sin apropiarme acción ni pasión ninguna, dejándolo a vuestra voluntad y beneplácito.

(F XIII 24)

Ah, Señor, Vos dais fecundidad a la raíz escondida en la tierra, y Vos podéis, si queréis, fecundizar la oscuridad espiritual, en la cual gustáis tener a las almas, y a

las mismas a las cuales amáis con preferencia, por el tiempo que necesitan para acrisolar su fe, su esperanza y caridad.

¡Oh, sí amor divino, sí! Viva por Vos en mi corazón y en medio de la oscuridad y el secreto de Dios, esa raíz pequeña que podéis hacer fecunda. Que por su secreta virtud salga hermosa y lozana; que extienda sus ramas, y dé flores y frutos, y aunque invisible a sí misma, alimente y consuele a los que se le acerquen. Dad a todas las almas que vengan a descansar bajo su sombra y buscar refresco, frutos oportunos para su gusto y consuelo. Que las tiernas púas que la gracia injerta en mí, reciban una sabia indeterminada, que lleve en sí todas las propiedades que convengan a cada uno de estos injertos, y siendo el todo de todos, no sea para mí misma sino abandono e indiferencia. Como pequeño gusanillo viva quieta y encerrada en el oscuro y estrecho calabozo de mi miserable capullo, hasta que el calor de la gracia me forme y haga salir para volar al cielo al lado de los ángeles y de la Virgen nuestra Madre, para alabarte y bendecirte por todos los siglos de los siglos. Amén.

(F XIII 24)

¿No sabéis que las dificultades y los obstáculos bajo la acción admirable de la gracia, se transforman a veces en auxilios y cooperan maravillosamente al bien?

Cuando una persona se entrega al apostolado no por propia elección ni por impulso nativo hacia la actividad sino sólo por responder a una llamada divina, debe estar segura de que así como Dios la ha querido en el apostolado, así la quiere santa y le dará todos los medios para llegar a serlo. Más consigue un santo con una sola palabra que un trabajador ordinario con una

serie de discursos.

Dame, pues, Dios mío, la santidad, que es la única capaz de conmover el sentimiento de traspasar las almas y de renovarlas.

(F XIII 2)

Padre mío, dame ansias del Cielo, tráeme y llévame contigo, en unión de Jesús y del Espíritu Santo.

Esposo mío, purifícame, santifícame y divinízame con tu preciosa Sangre y hazme gozar ya de tí, en la Bienaventuranza eterna.

Espíritu Santo, enciéndeme, abrázame y consúmeme en el fuego de tu divino amor.

Espíritu Santo hazme Santa y llévame al abismo del cielo.

Santísima Trinidad concédeme la gracia de poseerte y gozarte ya en la eternidad.

(F XII 83)

Olvidos, desprecios, humillaciones, fracasos, son medios providenciales para mi regeneración.

Cambia Dios mío mi corazón: házmelo nuevo, pero déjame el recuerdo de mi fragilidad y miseria, para conservarme humilde y así merecer nuevos panes de tu misericordia.

(F XII 86)

No son siempre los que cometen menos faltas, los más santos, sino los que tienen más aliento, más generosidad y más amor, los que mayores esfuerzos hacen para vencerse a sí mismos y que no tienen miedo de

tropezar ni aún de caer, ni de mancharse un poco, con tal de adelantar siempre más y más. San Pablo dice que a los que aman a Dios todo se les convierte en bien (cf *Rm* 8, 28).

(*F* II 36)

La caída de un cabello no es ciertamente un acontecimiento que tenga la menor importancia en mi vida; pues bien, de ésto de que yo no me preocupo absolutamente, se ocupa Dios, llegando hasta ese extremo el cuidado que se toma. Dios no cesa un punto de trabajar en mi alma, el cuidado que tiene de ella es incesante; de todo se sirve para purificarla y dilatarla. ¡Ay con qué maravillosa delicadeza procede! ¡Todo en su acción es tan templado, tan infinitamente mesurado! Su dedo toca siempre en el sitio, en el momento y de la manera más propicia. Si acepto su acción avanza rápidamente y multiplica esos toques; si la rechazo se retira con suavidad, espera con paciencia y vuelve en otro momento y por distinto camino. Unas veces usa o emplea la dulzura y otras el rigor.

El sabe conformarse a todos los estados de mi alma, utilizar todos los medios, escoger los momentos y emprender todos los caminos. ¡Oh cuántas maravillas voy a contemplar cuando Dios en el gran día de la eternidad me descubra los secretos resortes de su acción sobre mi alma!... ¡Qué hermoso, qué infinitamente hermoso, qué eternamente hermoso será contemplar minuciosamente cómo todo ha concurrido al gran bien de mi santificación!... ¡Este será uno de los encantos celestiales y uno de los motivos de eterna alabanza!... ¡Oh qué éxtasis cuando a la plena luz de Dios me sean revelados los detalles, la verdad y el esplendor de estas palabras: todo esto concurre al bien

de aquellos a quienes la voluntad de Dios llama a la santidad!...

Las operaciones de Dios son las que, sobre todo realizan la santidad en mi alma. Lo que alcanza mi piedad activa en este orden es muy poca poca. No alcanzaré por ese medio mi verdadero progreso, lo único que hago es dar mis pasitos, muy pequeños y tan lentos que apenas adelanto. Sólo cuando Dios me lleva en sus brazos, recibo verdadero y eficaz impulso. La aceptación de su beneplácito, es el principal instrumento de mi progreso interior; no se traduce por mis pasitos, sino por los grandes pasos de Dios. Es El quien me lleva, no soy yo el que anda.

(*F* II 36-37)

Está la santidad más elevada y la felicidad más completa en decirse esta palabra: «Hágase como Tú lo quieras».

(*F* XII 61)

Para las Bodas eternas

Mi Rey, cuando un esposo se ha buscado una esposa pobre, todo tiene que ponerlo él para sus bodas. Pues, acuérdate que yo soy no sólo pobre, sino miserable. De manera que todo, absolutamente todo tienes que dármelo Tú. El vestido de boda, de tu gloria y santidad; los perfumes de tu divina gracia; las joyas y adornos de tus perfecciones, y las riquezas de tus infinitos méritos. Los padrinos serán todas las almas predilectas de tu divino Corazón (vivas y difuntas); y los invitados, todos los Ángeles y santos del Cielo y de la tierra.

La Virgen me preparará y presentará, y de la mano del Padre y rodeada de la luz y esplendor del Espíritu Santo, las celebraremos y entraremos en la Bienaventuranza, donde viviremos en un acto ininterrumpido de amor (como lo deseo pasar ya, desde en este mundo, y por los siglos de los siglos. Amén.

(FI 1)

Concédeme Dios mío que, mientras voy subiendo la cuesta de mi vida, pueda *sin interrupción*:

Enjugar todas las lágrimas que encuentre, endulzar todas las amarguras y sinsabores, suavizar todas las asperezas, y echar un poco de bálsamo en todas las heridas.

Haz que pueda hacer sonreír a todos los tristes y angustiados; dar la serenidad a todos los atribulados, unir todos los corazones distanciados, y apaciguar todos los enconos y violencias. Haz que pueda dar siquiera un pedazo de pan a todos los hambrientos que me pidan... un vaso de agua a todos los sedientos; un retazo de lienzo a todos los desnudos y un albergue en mi alma, siquiera a todos los peregrinos.

Haz que pueda dar un rayo de luz a todos los que andan en tinieblas; encaminar hacia el bien a todos los que andan extraviados; dar la mano a todos los que están a punto de caer y levantar con delicadeza a todos los caídos.

Haz que pueda arrancar las espinas de todos los corazones oprimidos, devolver la paz a todos que la han perdido; cubrir con el manto de la caridad a todos los pobres pecadores, y derramar por doquiera... *refrigerio, descanso, bienestar y calma*.

Sí, Dios mío, concédeme la gracia de poder consolar a todos los que encuentre sufriendo por el camino del

Calvario y ser instrumento de tu bondad y de tu misericordia. Lléname de mansedumbre, humildad, bondad y dulzura; de comprensión, compasión y piedad, y graba en mi alma y en mi corazón tu imagen benditísima, santísima y queridísima de tal manera, que ya no sea a mí a quien vean sino a Tú, dulce Amor mío. Que no haya una sólo alma que pase por mi lado que no la lleve inmediatamente a tu amor y sólo piense en adelante huir del pecado y agradarte. ¡Ah! ¡tengo hambre y sed de justicia! ¡Es decir, de hacerte conocer, amar y servir! Por eso como a Isaías, toca mis labios, más no con un carbón encendido, sino con una gota de tu preciosa Sangre, para que se abran a publicar tu Nombre y a pregonar sin cesar tus maravillas y grandezas y sobre todo las ternuras de tu divino y adorado corazón.

¡Oh Madre mía! Con Jesús, en Jesús, como Jesús, por Jesús, y para gloria de Jesús me entrego y abandono ciega y enteramente en tus brazos maternos, para pasar directamente, a la hora de la muerte de los tuyos, a los de la infinita misericordia del Señor. Cúbreme bajo tu manto y defiéndeme del enemigo malo. Amén.

(F XI 28-29)

Padre mío, dame tu amor hasta la locura de la Cruz. Esa vida íntima de unión, de recogimiento, de oración y de contemplación. La santa libertad de espíritu y de humildad, de pureza y de penitencia y de infancia espiritual, alegría espiritual, celo por la gloria divina, por los intereses de Jesús y la salvación de las almas, amor apasionado por la Virgen y al prójimo por tu mismo amor. Dame el don de la fe, de la esperanza, de la caridad, del abandono y de la confianza; la senci-

llez y la mansedumbre, la bondad, la dulzura, la benignidad y la misericordia; dámelas por mis patriarcas profetas y protectores a quienes amo e invoco diariamente:

Adán, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Samuel, David, Elías, Isaías, Tobías y Daniel. Dámelo sobre todo por Don Bosco, Madre Mazzarello y Santa Teresita. Por San Pedro, San Pablo, San Juan, San Tito y San Bernabé. Por San Esteban, San Gilberto, San Francisco de Sales, San Francisco de Asís, el Santo Cura de Ars, Santa Teresa y Santa Gertrudis, y por todos los espíritus bienaventurados, *mi angelito de la Guarda* y todos los ángeles y Santos del Cielo por quienes además te ofrezco diariamente (y entiendo ofrecerte a cada instante de mi vida este ofrecimiento) la Sangre preciosísima de Jesús y mi Santa Comunión para su mayor gloria.

Que no haya ni uno sólo de ellos que no me acompañe, proteja, defienda, enseñe y ayude de igual manera (en cada instante de mi vida) a cumplir tu santa, adorada y divina voluntad. Padre mío concédeme la gracia de encenderme y de encender en las llamas del Sagrado Corazón, y en el amor e la Virgen a todo el mundo. Que pueda atraer a la modestia cristiana a cuantas almas se me acerquen o me miren y pueda consolar a cuantos encuentre sufriendo por el camino del calvario. Sí, ¡hazme instrumento de bondad y misericordia!... San Antonio de Padua, San Cayetano, San Benito Abad, San Benito Cottolengo, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl, San Camilo de Lellis, San Gerardo Mayela, San Martín de Porres, Santo Tomás de Villa Nueva, San Eduardo Rey, Santa Isabel de Hungría, Santa Isabel de Portugal, Santa Casilda, Santa Brígida, Santa Margarita Reina, Santa Lucía, Santa Rosa de Viterbo y todos los Santos que se han distinguido

más por su compasión hacia los pobres, sean mis principales compañeros, me llenen de sus mismos sentimientos y sigan por mi medio favoreciendo a los desvalidos y aliviándolos en sus tribulaciones, que me reparen los auxilios que necesito para satisfacer a todas sus necesidades y los ayude siempre con amor, benignidad y comprensión.

Cambia en fin Padre mío, mi corazón duro, rebelde, orgulloso, indómito y soberbio, con el corazón magnánimo, dulcísimo y mansísimo, amantísimo y amabilísimo de mi dulce Jesús, y haz que viviendo íntimamente unida a los tres y amándolos con su infinito amor pueda gozar también desde esta vida como será después en el cielo, los inefables gozos de la contemplación y las ternuras maternas de María mi Madre Inmaculada.

Dios mío, Dios mío, concédeme por tu misericordia la perseverancia hasta la muerte.

(F XI 19-20)

Absoluta entrega

Madre mía, abandonada y ciega enteramente en tus brazos maternos, con Jesús y como Jesús; en adelante ama, ora, habla, trabaja y piensa por mí, para la mayor gloria de la Sma Trinidad, para gloria de Jesús Sacramentado, y también para tu gloria, y gloria de todos los espíritus bienaventurados, Angeles y Santos del Cielo, en sufragio de las almas del Purgatorio, perseverancia de los justos y conversión de los pobres pecadores.

En todas mis tentaciones y distracciones, oh Madre mía, con sólo invocar tu Nombre: ¡*María Auxiliado-*

ra! entiendo correr con los brazos extendidos a echarme en los tuyos.

Tú, suple mis deficiencias y renuévame en el fervor. Sí, en tus brazos Madre mía, y escondida, bajo tu manto con el Niño Jesús, en Jesús, como Jesús y para gloria de Jesús quiero y espero pasar todos los días de mi vida hasta la muerte, para pasar entonces directamente, de los tuyos, a los de la infinita misericordia del Señor....

(F XI 29)

Poder divino

Cuando Jesús ama a un alma, cuando pone en ella sus ojos y su corazón no hay nadie ni nada, ni en el cielo ni en la tierra, ni en los infiernos, que sea capaz de arrebatársela. Cada vez que alguien intente cerrar la puerta del amor para el alma escogida por Dios, no hace otra cosa que excitar al Altísimo para que lleve a cabo su obra admirable y gloriosa. Desde que Nuestro Señor nos abrió las puertas de su Corazón, desde del mundo ¿no es verdad que todos los intentos de Satanás y todas nuestras resistencias e ingratitudes no han sido suficientes para cerrar las puertas que Jesús abrió? Tiene Jesús medios poderosos para rehacer su obra...

Si nos disipamos, El sabe ir en pos de nuestras almas y sabe hacer llegar hasta lo profundo de ellas su voz dulcísima que nos hace volver a sus brazos. Si nos aficionamos a una creatura, tiene medios enérgicos para arrancarnos. Si caemos tiene a su servicio la Omnipotencia Creadora, para renovar nuestra alma y crear en nosotros un hombre nuevo... ¡Cuántas veces hemos

pensado con amargura en los días felices que amábamos a Jesús y creemos que ese tiempo no volverá! Esperemos... Esa amargura, esa impotencia que sentimos que oprime nuestro corazón, no es más que la amargura del sendero. Dios hace una curva admirable, amorosa; esa impotencia no es más que la curva maravillosa de la Sabiduría y el Amor de Dios, que va a realizar sus designios, a pesar de los obstáculos, de las resistencias y miserias. Los dones de Dios, son sin arrepentimiento, sin retracción. De tal manera es el amor de Dios, de tal manera es firme, que nadie puede arrebatarse la obra en la que El ha puesto su sello propio, con su carácter definitivo en las almas.

(F XIII 7)

2.

Elementos dinámicos de la Santidad

Premisa

No es fácil definir la santidad. El mismo Concilio Vaticano II, que ha tratado de ella en un amplio capítulo, el quinto, de la Constitución Dogmatica Lumen Gentium no nos ha dado una definición verdadera y propia.

La trata en una forma más bien descriptiva, dando relieve a la naturaleza de la santidad. Se puede deducir no obstante, que ésta consiste esencialmente en la unión con Cristo, Verbo Encarnado, en el cual nos ha incorporado a El con el bautismo y nos ha colmado con el don del Espíritu Santo, principio y alma de toda santidad.

Santo, entonces, es quién, poseído y movido por la presencia y la acción del Espíritu, viene transformado de «ser carnal en ser espiritual» (Rm 8, 9) y configurado a Cristo.

No nos hacemos santos, por lo tanto, sólo aspirando a Dios, aún «con toda la mente, con todo el corazón, con todas las fuerzas», sino dejándonos amar y poseer por El, abandonándonos totalmente a su acción santificadora, a través de aquellas misteriosas realidades que, en virtud del Espíritu Santo, operan en nuestra naturaleza transformándola y divinizándola: la vida teologal y los dones del Espíritu Santo.

Se puede vivir la santidad en la sencillez de un abandono total a la acción de la gracia, transportados casi por un instinto divino, y se la puede vivir con una clara toma de conciencia de tal acción y de los dinamismos que la mueven y la atraen, cooperando

en modo iluminado, con los principios sobrenaturales suscitados en nosotros por la presencia del Espíritu.

Sor María Romero Meneses pertenece a esta segunda categoría de almas. Gratificada por dones no comunes de naturaleza y de gracia, ha sabido captar y penetrar las misteriosas leyes del espíritu y adherir a ellas en plena conciencia.

Lo prueban también sus escritos, aunque fragmentarios. Nos dejan en verdad entrever cómo haya sabido descubrir los modos y los medios de la acción santificadora de Dios, la importancia decisiva de las virtudes teologales y morales, de los dones del Espíritu Santo y de los consejos evangélicos.

Se puede constatar: Sor María Romero Meneses conoce lo que Dios pide al alma para unirla más íntimamente consigo mismo: tiene claro el itinerario que debe seguir...

Vive así conscientemente y con pleno sentido de responsabilidad, la vida divina recibida por participación en el bautismo; asume los mismos sentimientos de Cristo y se reviste (Ef 4, 24) de El, abandonándose con voluntad iluminada, a la divina dinámica del Espíritu, que la lleva a la plena conformación con Cristo (Rm 8, 9).

Virtudes teologales

Fe

La fe te dice que Dios lo domina y lo gobierna todo y que no hay voluntad humana capaz de sustraerse a la voluntad divina.

(F I 2)

Lo que me santifica y me salva es la sumisión de mi entendimiento a la fe y de mi corazón a la ley divina; es el sacrificio de mis inclinaciones a mi deber, es en suma el uso de mi libre albedrío, a la verdad, nada más personal. «Lo que el hombre sembrará eso recogerá. Cada uno recibirá según sus obras».

(F II 15)

Nadie produce bien sino lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha imaginado, pero lo divino sólo se ve por la fe, sólo se siente o se imagina por el amor.

(F II 51)

El sufrimiento, las pruebas, y las tribulaciones ayudan a la fe; son como el cierzo, cuyo soplo helado disipa las nubes del espacio.

(F II 52)

Fe es abandonarse en las manos de Dios y en los pla-

nes que El quiere de nosotros, una total confianza de que Dios nunca nos fallará.

Señor, tu nos darás la paz porque todas nuestras empresas nos las realizas tú.

(F IX 13)

No hay fe más grande y viva que la de creer que Dios hace siempre admirablemente nuestros negocios, cuando parece destruirnos y aniquilarnos; cuando trastorna nuestros planes; nos expone a la calumnia; oscurece nuestras luces en la oración seca nuestra sensibilidad y fervor, por la aridez y falta de devoción; destruye nuestra salud por las enfermedades y languideces; nos pone en la imposibilidad de obrar, y en una repugnancia tal por el sufrimiento, que la sola vista de la cruz nos da temores espantosos. ¿No es verdad que el conservar en estos estados una firme confianza de que todo sucede por orden de la voluntad de Dios, redundando en bien nuestro y para nuestra salvación, y aceptándolo ciegamente ejercitaremos la fe más viva en el poder soberano y infinita bondad de Dios? Esto es imitar al gran patriarca Abraham que tuvo bastante fe para creer que de su hijo único, de su querido Isaac, que iba a sacrificar, según la orden de Dios, saldría una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y como los granos de la arena del mar; creyó, y tan grande fué su fe en que Dios que había sacado el ser de la nada, sabría sacar la vida de la muerte, la fecundidad de la esterilidad, y de las cenizas de su hijo haría salir una posteridad para formar un pueblo, que sería el pueblo de Dios.

Tan admirable es la fe del alma que marcha por la vía del abandono aceptando ciegamente todo lo que Dios hace. Porque Dios se conduce casi siempre de este

modo respecto a las almas que se abandonan, para aniquilar su propia voluntad. Destruye las alegrías con las tristezas, la estimación, por la humillación y el desprecio; el gusto y afición a la sensibilidad, por la aridez y sequedad; la claridad en la oración, por la oscuridad y las tinieblas; el mucho deseo de perfección, por las recaídas mortificantes; la mucha actividad, por la imposibilidad en hacer actos interiores a que reduce algunas veces; y la propia voluntad por la salvación, por la incertidumbre en que deja sobre este asunto.

(F II 55)

El martirio no es el fruto del sufrimiento, sino *de la fe y del amor* que da valor al mismo sufrimiento: conforme la fe y el amor, así se aquilata el valor del martirio.

(F V 14)

El Bautismo vino a hermostrar nuestra alma. Se realizó en ella un cambio radical, sustancial. Dios le metió en ella tres cosas reales, infusas.

Le metió la fe por medio de la cual creemos en El sin verlo ni tocarlo. Y esta fe se puede hacer crecer por medio de la humildad y decrecer por la soberbia.

Las dudas de fe se disuelven haciendo actos de fe sobre aquello y...; humillarse y humillarse, diciendo al Señor: «Señor, aumenta mi fe».

(F IV 18)

Dios es el fin de todas las criaturas, sobre todo de los hombres; quieran o no quieran a El van todos.

(F XII 1)

El que quiera aprender la abogacía tiene que estudiar leyes; el que quiera aprender la cirugía, la medicina, etc., etc., así nosotros, si queremos aprender a amar a Dios; debemos estudiar la Religión. No es el caso de decir: a mí me parece que ésto es así; que aquello es asá, pues supongo, me imagino... ¡No! Así como no vamos a ponernos a pronunciar oráculos en la medicina sin haberla estudiado de acuerdo así me parece o supongo. La Religión es la ciencia de las creencias, la ciencia divina que nos lleva al conocimiento y al amor de Dios y como cristianos tenemos la obligación de estudiarla para conservar encendida la vela de la fe, como hemos prometido en el santo bautismo.

(F VII 14)

Un medio para conservar la vivacidad de la fe es la fuerza de la vida.

(F VII 21)

Fe es creer en Dios que es Padre y nos ama.

Creer (fides) fe, confianza, fidelidad.

La verdad es que hay confianza en todo el mundo, menos en Dios (se cree en un taxista, en un médico, etc.).

Fe es apoyarse firmamente en El que es Padre.

El amor es un fuego. Por eso, en el matrimonio se llama donde se vive: hogar.

Cristo dijo que amaba a los pecadores.

Dios se da gratuitamente y se da a todos como se nos presenta: en un pobre, en un enfermo, en alguien que molesta, en un rebelde.

Hacer conocer la religión es hacerla abrazar. La fe es la que produce milagros y no los milagros producen la

fe. Las verdades son percibidas conforme la búsqueda.

El camino de fe es: el camino de la bondad.

(F IX 3)

Dios nuestro Creador

1. Creador del universo.

Todo cuanto existe en el universo ha sido creado por Dios; a su palabra omnipotente apareció la luz, la tierra, el sol, la luna y las estrellas, el mar, las aves, los peces, los cuadrúpedos; el cielo narrando su gloria. Todas las creaturas que nos rodean nos gritan: Alabad al Señor, y nos exhortan a reconocerlo, amarlo y servirlo.

Aprendamos de los Santos que se servían de ellas, como escala para subir a Dios. ¡Ay de mí! si me sirven de tropiezo para alejarme de El.

2. Creador de nuestro cuerpo.

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 26), y formó al hombre, formó este cuerpo que hemos recibido por vía de generación. El Señor se propuso hacer del hombre el rey de la creación. Al hacerlo superior a todas las demás criaturas se propuso hacerlo su templo donde habita la Santísima Trinidad.

3. Creador de nuestra alma.

La infundió por medio de un soplo divino. Es la obra más perfecta del artífice divino, como algo desprendido de El, la hizo espiritual, inmortal y racional.

Con su memoria, entendimiento y voluntad puede perfeccionar la grandeza del hombre.

Mas, recordemos las palabras de San Agustín: «Aquél que te creó sin tí, no te salvará sin tí».

(F X 86 B)

La mediación de Jesucristo

1. Los Santos son mediadores de Dios, a medias, por la participación que tienen con Jesucristo.

Una persona que es medianera viene a ser como un puente que une dos distancias, un lazo de unión...

2. Oficio desempeñado por nuestros medianeros.

Para alcanzar la reconciliación entre dos ofendidos, se necesita que haya uno que intervenga entre el ofendido y el ofensor. Se necesita un fiador; Jesucristo tomó sobre sí nuestras dolencias, nuestros pecados, sometándose a la muerte y muerte de cruz.

Hemos sido comprados, no con oro ni plata, sino con la Sangre de Jesucristo (*1 P 1, 18*).

3. Consecuencias que se derivan de lo anterior.

Referente a la vida eterna, Jesucristo es todo para la vida eterna. Todos los hombres juntos entregados a la penitencia no podrían satisfacer a la justicia de Dios; menos aún si somos pecadores y añadimos pecado sobre pecado. Podremos desagaviar nuestras culpas unidos a Jesucristo y Jesucristo está siempre clamando misericordia por nosotros.

Luego nuestras obras no adquieren ningún valor si no están unidas a Jesucristo, o sea, en estado de gracia.

(*F X 87 A*)

Bajo la protección de los Arcángeles

1. La sentencia a nuestro primeros padres.

Causa única de ella, el pecado. Todo sufrimiento viene del pecado y la muerte es el fin de toda pena temporal. El camino del pecado venial y de la tibieza es opuesto al de la fidelidad.

Recordemos, sin embargo, que Dios antes de dar la sentencia a Adán, le hace una promesa de misericordia y de perdón.

2. Establecimiento de la enemistad (cf *Gn 3, 15*).

Aprovechémonos de las lecciones. La mujer futura [María] debe pues estar libre de pecado para que el demonio le haga guerra y sea hostil [si no fuera sin pecado, el demonio no le haría guerra ni le sería hostil] y que nosotros debemos luchar contra sus asechanzas y tentaciones.

3. Anuncio de la victoria.

La hostilidad anunciada por Dios en un tiempo; la cabeza de la infernal serpiente será aplastada: herejías, apostasías etc. Las herejías, dan ocasión de proclamar los dogmas; toda lucha va seguida del triunfo.

(*F X 87 B*)

Con los Tronos

1. Conocimiento del plan Divino: caímos por el demonio.

La primera mujer y Adán. Eva persuadida por el ángel malo presenta a Adán el fruto del pecado.

María persuadida por el ángel bueno presenta al nuevo Adán a la humanidad caída. Dios gusta reparar nuestras faltas por caminos opuestos: la soberbia por la humildad; la sensualidad por la penitencia, etc.

2. Relaciones con la Santísima Trinidad.

Estas exigen la Inmaculada Concepción. ¿Podrá permitir el Redentor escoger su Madre entre los esclavos del demonio? María es la hija predilecta de Dios Padre hasta el punto de hacerla participante de su paternidad pues es la Madre del Hijo, engendrando al eterno

del Padre. Y luego, el Espíritu Santo es autor de este misterio. Por nuestra parte, apartémonos del pecado.

3. Preeminencia de María en el Cielo.

María recibió una gracia especial a su dignidad de Madre de Dios. Destinada a reinar sobre los vencidos, no podrá ser vencida por los vencidos ni aún en su primer instante.

(F X 87 B)

Bajo las Dominaciones

1. María es libre de la mancha excepcionalmente. Nada hay tan inmutable como los decretos de Dios. Nosotros también hemos sido escogidas entre millares para una vida más perfecta por medio de los votos. No todos entienden este privilegio, sino aquellos a quienes les ha sido dado.

2. La inmunidad: a) preservación habitual del pecado; b) preservación de la concupiscencia. En ella que paz y orden preservado del pecado actual. Nosotras también hemos sido preservadas de muchas caídas por el ambiente en que nos ha puesto el Señor.

3. La preparación para la más alta dignidad. Desde el primer instante le comunica celestiales encantos en el alma y en el cuerpo. Por la dignidad de Madre de Dios, está indisolublemente unida a Jesucristo Hijo de Dios, así lo dice la Escritura.

Si nosotros contribuimos a dar gracia a las almas, Jesús extenderá su mano sobre nosotros y dirá: He aquí a mi Madre y mis hermanos (Mc 4, 34).

(F X 88 A)

La felicidad del cielo no consiste en banquetes, sino en la visión beatífica de Dios.

a) Al Festín escogió el Pueblo Judío y les envió a los Profetas y no lo escucharon.

b) Envió después a su propio Hijo y lo rechazaron y mataron. Los siervos contaron el hecho a su Señor y el Padre mandó a exterminar a aquel pueblo por medio del pueblo romano. Y los pocos que quedaron se esparcieron por toda la tierra.

c) Aquel Rey, después mandó a convidar a los gentiles, a los paganos, etc. Mas, el que entró sin el vestido nupcial al banquete fue echado al rechinar de dientes, al infierno. Así pues, los que rechazan la voz del Sacerdote, del Misionero y se olvidan de Dios y de su alma, de su vida sobrenatural y vive del materialismo, está expuesto a perder su puesto, ...sobre todo si se trata de los que han sido llamados a la vida religiosa. Reflexionemos sobre este punto, para que cuando venga el tentador sepamos rechazarlo.

Practiquemos la exhortación de San Pablo: «revestíos del hombre nuevo» (Ef 4, 24). No sólo practiquemos los mandamientos, sino sigamos a Cristo: «si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes... (Mt 19, 21). «Dios me quiere vestido de justicia y santidad» (Ef 4, 24). «Muchos son los llamados, pocos los escogidos» (Mt 22, 14).

(F X 88 B)

Dios habló a Abraham en sueños; Dios habló a Moisés por medio de aquella zarza que ardiendo no se consu-

mía y por último en el Arca construída según sus indicaciones.

Después bajó del Cielo se hizo hombre y nos dejó el Evangelio. Luego por medio de la Iglesia... Dios nos habla constantemente por esa oración divina que es nuestro comienzo.

Las insinuaciones, inspiraciones, sus aprobaciones o reproches. Esa Arca que llevamos dentro de nosotros mismos es un medio magnífico para nuestra santificación.

(F XII 1)

El pecador cuando comete el pecado, se rebaja al nivel de los animales, pues por la razón puede calcular los niveles del pecado y rechazarlo y en vez la pierde y se entrega como los brutos a los placeres de ellos. Y así se aleja de Dios y de sus favores. Luego se va oscureciendo su fe y se va perdiendo su esperanza y su amor; y el cuerpo se va sometiendo, desfalleciendo en sus fuerzas. Ya no hay interés por humana virtud, por Dios, sino que sirviéndose de las cualidades que Dios le ha dado se opone a su ley. Consideremos que estamos destinados a una felicidad eterna, pero si nos abandonamos al pecado entraremos en otro abismo, pero de tormento eterno.

Adán cometió un solo pecado e hizo penitencia por él toda su vida. ¿Nosotros que penitencia hacemos por nuestros pecados? Alabemos y demos gracias a la misericordia de Dios que nos concede tiempo para que hagamos la penitencia que no hemos hecho aún.

Dios hizo un compendio de la creación en el hombre: por la Encarnación Dios se hizo hombre y el hombre Dios, y no sólo nos devolvió la grave pérdida sino que nos unió a su divinidad. Sí, por la Encarnación fuimos

privilegiados; privilegiados a los ángeles que por un solo pecado fueron precipitados al infierno; mientras que a nosotros además de habernos redimido (¡y qué redención!) nos sigue perdonando sin cesar.

Y somos privilegiados a los del Antiguo Testamento, porque tenemos bajo nuestro techo al Emmanuel.

(F XII 3 B)

El respeto humano

El temor de aparecer en público es el hombre que se comporta según el ambiente en donde vive. San Pedro desenvainando la espada en Getsemaní; se avergüenza de Jesús en el palacio de Caifás.

El Espíritu Santo convierte a los discípulos antes miedosos y cobardes.

«Yo me avergüenzaré de él delante de mi Padre» (Mt 10, 39) dice Jesús, respecto del que se avergüence de El.

El que tiene respeto humano y no se atreve a parecer católico ante los demás, no será capaz de hacer nada bueno por el Señor.

Ej.: El que se arrodilló aunque fuera a la fuerza, se levantó convertido.

Hay muchos que no avanzan en su fe, porque tienen miedo del que dirán. Aman más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

Hay quienes cumplen sus deberes de cristianos lejos de su hogar y trabajo, por el respeto humano, como Nicodemo: de noche.

Para llegar a Cristo, a la cumbre de la santidad, es preciso dejar abajo el respeto humano.

Y el respeto humano empieza por cosas pequeñas

como por ejemplo: el no hacer bien la señal de la cruz.
(F XII 6)

Vuestra tristeza durará poco y se convertirá en gozo cuando Yo vuelva y cuando vosotros estéis en el Cielo (cf *Jn* 16, 20).

Los mundanos están empeñados en sacar de las pasiones el mayor gozo (satisfacciones, soberbia).

Los cristianos en la mortificación de estas pasiones. Nuestro Señor nos dice que nuestra vida debe ser como la de los ángeles de Dios por esto debemos emplear la fuerza y la violencia (cf *Mt* 11, 12), “vivir” *de la virtud*.

Esta vida es muy breve, tanto la de los mundanos como la de los cristianos, (así pasarán los sacrificios). ¿Qué es esta vida en comparación con la eternidad? Pero estos goces se trocarán en tormentos y los sacrificios en gozo. Don Bosco decía: «Un pedazo de Paraíso lo arregla todo» (*MB* VIII 444). Todo su apostolado estaba dirigido al Cielo.

San Pablo al ser arrebatado al 3er. Cielo (cf *Hch* 9, 8) no pudo decir nada; se enmudeció.

(F XII 7)

Alabanzas

Una ciudad hecha de piedras preciosas: es la Casa del Padre donde cada uno tiene su mansión. Y nosotros viviremos con El.

El Cielo es el lugar del saber, de ver y de gozar.

Así los sabios gozan al descubrir su secreto de la Ciencia.

Allá conoceremos la sabiduría eterna.

Allá nos veremos.

Allá gozaremos también eternamente.

Conoceremos la gracia santificante, cumplamos nuestro deber y luchemos contra nuestras pasiones.

(F XII 7)

El pecado y sus consecuencias

Temed al que os puede arrojar.

Nos privamos de Dios y de todos los bienes.

De hijo amado en un rebelde.

He reflexionado que pecando me coloco en el bando de Satanás; me alejo de mi Eterno Padre y pierdo todos los bienes y me hago acreedora de una mala muerte y de una eterna condenación y permanecemos insensibles y ciegos.

Mientras el alma se mantiene adornada con la gracia de Dios es digna de las complacencias del Señor.

Posee los méritos de todo su reino y la participación de los bienes de los Santos y apenas comete un pecado es “ipso facto” despojada de todo esos bienes.

Los bienaventurados le dicen: «No os conozco» como en la parábola de las diez virgines.

Vive como en la antesala del Cielo, como una reina, pronta para entrar en las moradas eternas.

(F XII 16)

Atrae los mayores castigos

Un solo pecado fue suficiente para convertir a Luzbel en Lucifer.

Uno solo, mortal ciertamente, para arrojar a nuestros primeros Padres del Paraíso.

Epidemias, terremotos, sufragios, incendios, guerras, hombres, todo el dolor clavado en los Hospitales y las tumbas llenas de muertos en los Cementerios; pero principalmente el sacrificio de Nuestro Señor en la Cruz, con su cortejo de males.

Hacer como el ciego de Jericó: «Señor, que vea» (*Mc* 10, 51).

Escándalo es un hecho público, reprochable que provoca un comentario de desaprobación.

(*F XII* 16)

Una historia muy cierta y muy bella

Un Señor... «El Rey soberano de infinito poder, sabiduría y bondad, viendo un día a un pobrecito, hecho jirones — al cual le había dado un tesoro que se lo había echado a perder —, en vez de fulminarlo, mandó a su “único Hijo”, que hiciera por él cuanto pudiera y lo acogiera como hermano. El Hijo, obedientísimo e igual en todo a su Padre, inmediatamente bajó de su trono y, para inspirarle confianza y amor al pobre, se vistió con sus harapos, le enseñó a llamar “Padre” a su Padre, y le pagó todas sus deudas. Cuando lo hubo conquistado, dijo a su Madre: “Ahí tienes a tu hijo, y a éste, ahí tienes a tu Madre”. La Reina Madre, “llena de gracia y de misericordia”, sin ninguna resistencia lo adoptó; más aún, se lo llevó a su Corazón. Y desde entonces en sus brazos lo tiene, juntamente con su Hijo el cual viene ya engalanado con su corona real y revestido de su gloria».

¿Y el pobrecito, *el recogido*?... Encantado de tan maternal bondad, no piensa más en su situación pasada, presente ni futura, sino que vive totalmente ciego y abandonado en Ella,... bendiciendo y dando gracias al Padre, de quien procede todo bien.

(*F XII* 46)

El misterio de Cristo: la Pasión

¡Que nos haga entender o mejor dicho; saborear, conocer este misterio donde está toda sabiduría y toda santidad! (Cf *Flp* 2, 5 ss.). Nos exhorta San Pablo a que tengamos los sentimientos de Cristo y no que tengamos su pensamiento o ideas. Cristo tenía todo derecho de aparecer como Dios y más bien se anonadó (anonadarse es hacerse nada, vacío; la abnegación del ser). No sólo se hizo hombre, sino que aparece en forma de esclavo y luego se humilló hasta la muerte y muerte de Cruz (cf *Is* 5, 6; *2 Co* 5, 21). *Cristo aprendió la obediencia en la Pasión.*

(*F XII* 57 B)

Jesús: emblema de gloria, de poder

1. Fue pronunciado primero por los Santos Justos. Un ángel le manifestó a María y a José; y luego a los pastores, explicándoles su significado y María lo pronunciará después en la circuncisión. Signo de contradicción. Quién lo bendice y alienta, quién lo odia y maldice, pero nadie puede ignorarlo aquí en la tierra. El admirable nombre de Jesús está sobre todo nombre. Ante El doblan la rodilla el cielo, la tierra y los abis-

mos infernales. [...]

Suele El hacer seguir un gozo después de un dolor. Quién quiera conseguir gracia delante de los hombres: no se preocupa de conseguir o conservar a Dios.

2. Designó su poder sobre el mundo. Todo lo que pidió al Padre en mi nombre os lo concederá (*Jn 14, 14*). Con el poder de este nombre los Apóstoles conquistaron pueblos enteros y arrebataron a la muerte sus víctimas; para muchos ha sido estímulo de remuneración y de vida, alivio en muchas penas, victoria sobre nuestras pasiones.

3. Es nombre de bondad. Lo dice su significado: Salvador. Muchos hombres se han hecho llamar con el nombre de los pueblos conquistados. Jesús por habernos redimido, salvado: lo dice la Encarnación, Circuncisión, la Eucaristía, la conversión, y luego por sus milagros para todos los necesitados. Pronunciémoslo con entusiasmo y adoración. 240 veces lo pronuncia San Pablo en sus Epístolas.

(F XII 63)

Dios es el fin de todas las criaturas, sobre todo de los hombres; quieran o no quieran a El van todos.

(F XII 1)

Esperanza

La esperanza es la mano misteriosa que nos acerca a lo que deseamos y nos aleja de lo que tememos.

(F II 7)

Aunque estalle la tempestad a nuestros pies, y muja la tormenta, el alma puede replegarse sobre sí misma y esperar que el cielo se despeje.

(F II 7)

Toda nube, por oscura que sea, tiene un borde luminoso.

(F I 18)

Las sombras más oscuras preceden la aurora, el triunfo sigue a la prueba.

(F I 18)

Los principales elementos de la felicidad son: la alegría, la resignación cristiana y la esperanza.

(F II 13)

Sería grave desacierto si alguna vez desesperásemos de nosotros mismos o de la gracia.

(F II 17)

La esperanza suaviza las penas y borra los recuerdos, y la oración da fuerza y alas a la esperanza.

(F II 65)

Creo y espero contra toda esperanza, en tu maternal bondad y en tu misericordia.

(F V 24)

Por medio de la fe, vemos y estamos ciertos. Por medio de la esperanza estamos seguros. Descansa en el amor misericordioso de Dios y en su infinito poder. [...]

(F IV 18)

Debe confortarnos el pensamiento de que Dios es el más bueno y el más sabio de los amos, el cual no solamente puede sino que quiere realmente servirse de nosotros y al hacerlo se obliga en cierto modo a procurarnos cuanto nos es necesario en el oficio y en el trabajo al cual nos destina, dándonos la salud y fuerza necesaria, para resistir a la fatiga y al disgusto, concediéndonos la inteligencia para comprender y la energía para llevar a cabo la obra por El dispuesta; asistiéndonos y guiándonos a fin de que salgamos airoso con lo que nos ha confiado.

(F VII 15)

Es una ley de la Providencia que el goce suceda a los deseos. Dios tiene tanto amor a los hombres y su naturaleza es tan liberal que puede decirse que se violenta cuando retiene algún tiempo sus beneficios y los impide llover sobre nosotros.

(F VII 16)

Saber esperar y perseverar es gran sabiduría. ¡Alegría conquistadora!

(F VIII 2)

Dios se hace el defensor del alma, con tanta más ternura y fortaleza, cuanto más el alma se confía a El, y es menos capaz de defenderse de sí misma.

(F II 70)

Santísima Trinidad hazme santa y llévame ya al Cielo. Sma. Trinidad, te amo con tu mismo amor.

Yo te ofrezco las ansias del Cielo de la Virgen, del profeta David, de S. Pablo, de S. Agustín, de S. Francisco de Asís, de M. Magdalena, de Sta. Catalina de Sena, Sta. Gertrudis y de Sta. M. Magdalena de Pazzis y las de todas las almas que por él han suspirado como la mía y para que por ellas me perdones mis pecados, me hagas santa y me lleves contigo. Prepara mi corazón y acelera el momento de ir a gozarte y poseerte ya en la eternidad. Mientras tanto... haz que, como la Virgen, los ojos de mi alma y de mi corazón no se aparten ni un solo instante de ti. Tu lo puedes todo, lo sabes todo y sé que me amas.

¡El Cielo! ¿Ah, qué es el Cielo? ¡Es el goce eterno de Dios! ¡La posesión eterna de Dios! ¡La contemplación eterna de Dios! ¡Es una sola y eterna comunión! ¡Un abrazo eterno con Dios!

(F I 15-16)

Caridad

Oh Dios mío, concédeme la gracia de vivir unida a ti en un acto ininterrumpido de amor perfecto, sin perder ni un solo instante tu presencia. (Acto de abandono y de confianza).

(F I 10)

Todos los cristianos, y especialmente las almas consagradas a Dios, deben sentirse profundamente interesados en la lucha contra el pecado, y deben combatirlo con todos los medios aptos: con la penitencia y la oración expiatoria, y sobre todo *con el amor*. El amor de caridad, *si es perfecto*, destruye el pecado, con más rapidez y perfección que el fuego del purgatorio aún sin ninguna manifestación externa. He aquí por qué los Santos pudieron convertir tantas almas, porque Dios se sirvió del fuego de su caridad para destruir los pecados de los hombres.

(F I 10)

Vale más un instante de amor que una eternidad de paciencia.

(F I 18)

El medio más propio para convertir almas es el proponer el amor de Dios.

(F I 21)

Aquel que no ama a los pobres y a los pequeñuelos, a los despreciados del mundo, no entiende nada del amor a Jesucristo.

(F II 15)

Jamás pienses en las imperfecciones de los otros, sino en sus virtudes; por lo que hace a ti no pienses más que en tus defectos.

(F II 17)

Nada en el mundo puede satisfacer al que se contenta con Dios. El que tiene el amor de Dios no tiene ya ni temor, ni esperanza, ni deseo, ni ánimo, ni alegría sino para Dios, y todos sus movimientos están confundidos en este único amor celestial. ¡Oh qué buena cosa es no vivir más que en Dios, no trabajar sino para Dios y no alegrarse sino en Dios!

(F II 27)

El no poder pensar en el pasado sin remordimientos, es uno de los más grandes tormentos. Seamos, pues, buenos, siempre buenos, para tener un tesoro de recuerdos y un porvenir feliz. Ser bueno es mejor que ser sabio, que ser rico, que ser afortunado. Es de todas, la felicidad más segura; el hombre bueno no solo goza él solo de sus acciones, sino que difunde a su alrededor una atmósfera de felicidad que respiran todos los que le rodean.

(F II 29)

Nada pediré para mí, sino el agradecer de continuo a mi Dios. Quiero convertir toda mi vida en holocausto para su mayor gloria; sus gustos serán mis gustos y su inmolación la mía.

(F II 31)

Amad a Jesús siempre, pues El siempre os está amando. Habladle de vuestro amor más que de cualquier otra cosa. Esos actos de amor subsistirán en la eternidad, mientras que las oraciones dirigidas al Señor durante nuestra vida pasarán con el tiempo.

(F II 62)

Notad bien que un acto de amor es una obra completa, un movimiento del corazón, un deseo secreto del alma que tiene un mérito indecible, y está escrito en el libro de la vida con su valor intrínseco, es decir, su fuerza de amor.

(F II 66)

El miedo lleva a la tristeza, a la desconfianza, al desaliento; el amor produce toda generosa abnegación, todo sacrificio heroico.

(F II 84)

No juzguéis y no seréis juzgados (*Mt 7, 1*). Nosotros no juzguemos para no ser juzgados a la hora de la muerte. Ej. el religioso que moría tranquilo por no haber juzgado.

No condenéis etc. Así como el termómetro mide el grado de temperaturas, el *amor* es el grado de aprecio que tiene por nuestro prójimo. Jamás se juzga mal ni se condena al que bien se ama. Ej. una madre por su hijo. *Perdonad y seréis perdonados*: La obra de misericordia que nos hace semejantes a Nuestro Señor y a Dios nuestro Padre que nos sigue perdonando incesantemente. Dad y se os dará.

(F XII 51)

¡Caridad! Bella expresión del más noble sentimiento tan poco verdaderamente comprendida. No eres, no, soberanamente hermosa, cuando enjugas las lágrimas que arrancan la desgracia y el dolor; cuando levantas un alma de su caída y le indicas en suaves consejos la

recta senda del bien; tampoco lo eres cuando en los campos de batalla curas las heridas, cuando al lecho del moribundo te acercas a confortarlo, cuando extiendes tu mano al menesteroso... No, aunque todo esto sea hermosísimo y verdadera caridad, que nace del corazón compasivo y prodiga el bien a quien carece de él. Eres caridad sublime y heroica y brillas en todo tu esplendor, cuando hija de alma noble, libre de mezquindades, no amargas el bien ajeno, ves sin el más leve deje de envidia y con gusto el triunfo del alma amiga, compañera, hermana: cuando gozas compasiva en la justa satisfacción de quien, por su valor moral y virtud recibe el homenaje del afecto y del aprecio de cuantos le rodean; cuando, en fin, no mortificas, no humillas a quien, tal vez por sus méritos se ha ganado lo que tú aspirabas. Oh caridad verdaderamente sublime y heroica, verdadera caridad, que sabes sacrificar en aras del bien y de la paz tu amor propio, tu egoísmo y vanidad. Así te creo y amo, oh bella caridad, porque en tu forma más perfecta nos acercas a Dios, y transfundes tus efluvios místicos en el alma que te posee.

(F II 98)

La cumbre de la teología y de la mística está en el amor. Darse.

(F IV 2)

La caridad. Es el compendio de la vida cristiana. El Espíritu santo es quien nos infunde las virtudes teológicas sin preguntarnos. A nosotros nos toca hacerlas crecer. A Dios no podríamos conocerlo y amarlo por-

que no lo vemos ni tocamos; pero lo podemos hacer amando al prójimo. El nombra al prójimo como embajador suyo [...]. Amar es darse, servir, entregarse. El prójimo próximo, es el que nos está más cerca (cf 1 Co cap 13).

(F IV 18)

La esencia de la perfección cristiana consiste en la unión íntima con Dios, mediante la caridad, conformando nuestra voluntad con la voluntad divina. El amor de caridad, si es perfecto, destruye el pecado con más rapidez y perfección que el fuego del Purgatorio.

(F V 2)

Dos fuertes atracciones dominan en el alma que se ha dado seriamente a Dios: la atracción a la oración solitaria y silenciosa para sumergirse en Dios, para escuchar su voz, para penetrar sus misterios y sobre todo para unirse más íntimamente a El, y al mismo tiempo, la atracción del apostolado, del sacrificio activo y generoso por la salvación de las almas. Para recogerse en Dios, el alma «querría huir de las gentes y ha gran envidia de los que viven y han vivido en los desiertos. Por otra parte se querría meter en mitad del mundo por ver si pudiese ser parte para que un alma alabara a Dios» (*Teresa de Jesús*).

Es este el doble movimiento de la caridad. Si faltase uno de estos movimientos la caridad no sería perfecta.

(F V 12)

Caridad. Si amamos a una persona, amamos su retrato y el prójimo es imagen, retrato de Dios.

(F VII 5)

A veces nos constituimos en superiores a nuestros iguales y en iguales a nuestro superiores.

Jesús nos amó con la mente, con las palabras, con el corazón y con los hechos. Así como el cemento une los ladrillos unos con otros así la caridad debe unirnos mutuamente.

Ir a contar a otros el mal que vemos en los demás es robarles el aprecio y el buen nombre. Contemos el buen papel que desempeña sus virtudes, sus lados buenos.

(F VII 6)

La semejanza del Hombre con Dios. Como Dios es infinito hay infinitud de imágenes de Dios. No podemos ser iguales, de un sólo patrón; y cada uno tiene riquezas con las cuales puede enriquecer a los demás. El que vive para los demás levanta para sí el mejor de los monumentos. Ejemplo: dos que se sientan en un bus, no se aman; otro: que es interesado, porque le vende barato, es amor superficial, interesado, utilitario. Explotación política, de puestos y de servicios: allí no hay amor es utilizado, democrático. Y respeto a uno para que éste me respete a mí. Este es amor humanitario, amor abstracto. Somos muy amables con los demás y no a los nuestros, por una falta de cortesía o cosa parecida. No amamos a los demás porque son buenos, sino que los amamos para que sean buenos. Las palabras de Jesús en la cruz: 1) para las verdades;

2) para los pecadores; 3) para los santos. La amistad es una de las que más aprecia la juventud moderna. Todos se juntan para resolver los problemas de la vida y del mundo. La amistad está por encima de las ideas, siempre fresca, virgen. Es la primera palabra de Dios. Debemos buscarla intensamente. La verdadera amistad consiste en el amor.

Cuando se hace un vacío en el alma entra el demonio. El ser humano tiene que encontrar a alguien en quien apoyarse.

¡Ah! ¡La libertad que da el amor! Si nosotros los que nos conocemos no nos amamos, no vale la pena vivir.

(F IX 8)

Amor y Trabajo. Hay dos fuerzas poderosas que pueden cambiar el mundo, el amor y el trabajo, y estas fuerzas son las que deben formar nuestras comunidades salesianas. Sólo cuando veo en mi prójimo a un hermano es que veo a Cristo. Nuestro trabajo debe ser activo. Nunca tendrá éxito aquel que sólo hace lo que no debe hacer. *Dios no nos pide cosas imposibles porque nos ama.* Cristo murió para que hiciéramos milagros, dando amor. Cuando uno piense en el crucificado más que en la cruz, sufriremos con amor. La gloria de Dios es la revelación de su amor. Dios es Padre porque tiene hijos y nosotros nos parecemos a El si amamos como El. El orden establecido por Dios es valerse de las causas segundas. La palabra es el índice de la inteligencia.

Las palabras son el vehículo de las ideas. Resolver un problema es superar una dificultad. Si muchas personas son malas es porque no han conocido el amor.

(F IX 9)

El que bebe de esta agua no tendrá más sed, fe, serenidad, alegría y optimismo; capaz de entusiasmarse y estar atentas a todas las exigencias de la vida. Llamemos fiestas a las de más alta significación. «Permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Estas son las llamadas al amor que es más fuerte que la muerte. El nos ha dado su mayor prueba de amor. ¿Cuánto puedo hacer por tu amor? así digamos. El mundo tiene gran necesidad de vírgenes inmaculadas auxiliadoras. Siempre la gracia de Dios debe impedir el pecado. El amor es el único que nos libera del mal. La devoción a la Virgen Inmaculada Auxiliadora, viene a ser para nosotras salesianas, un octavo sacramento.

(F IX 10)

Dones del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es la base fundamental y sacramental de la vida espiritual.

(F IV 18)

Los dones que el Espíritu Santo nos infunde en el Bautismo.

En las virtudes yo me muevo. En los dones el Espíritu Santo me mueve.

(F IV 20)

Entendimiento. Dios y sus misterios: El don de entendimiento no es un razonamiento, sino una intuición del alma: olfato intelectual que adivina dónde está Dios y sus misterios: no de una manera discursiva sino intuitiva.

(F XII 55)

Ciencia: Esto me lleva a Dios, esto me aparta de El y así lo recibe o aparta. La vida, el honor, las riquezas, etc. El hombre pierde la proporción: Somos peregrinos hacia el reino de Dios.

(F XII 55)

Los dones que animan y orientan la esperanza

Consejo: Dirigido a que el cristiano no pierda su fin, el plan sobrenatural de Dios.

Fortaleza: 1º El no amilanarse ante las dificultades; 2º el superar obstáculos; 3º el sufrir cosas extraordinarias; 4º acometer empresas difíciles.

Temor: El sometimiento del alma ante los designios de Dios. Es una entrega absoluta en las manos del Padre. Una disposición del alma para aceptar tranquilamente la voluntad de Dios.

(F IV 20)

Informan la caridad

Piedad: La caridad es el amor, y el amor cristiano es caridad. Las obras de misericordia no son la caridad, sino la manifestación de la caridad. La caridad tiene dos aspectos: amar a Dios y al prójimo, pero se funden en uno solo. Esta caridad facilita la piedad, que es el cumplimiento de las obligaciones para con sus padres. De manera que por la *piedad* nos sentimos hijos de Dios y hermanos de los hombres: conseguimos el hábito de la filiación divina y de la fraternidad. Cada día recibimos una inyección de la Sangre de Cristo, así que somos consaguíneos con los cristianos.

Sabiduría: Es el don más excelso. Con el don de la Sabiduría el alma saborea a Dios, encuentra el gusto de lo divino; llega al fenómeno del éxtasis.

¡Pero somos peregrinos! y el Señor pone sus condiciones para la vida cristiana. Un alma, mientras más

pura y limpia se encuentre esa puede poseer el don de Sabiduría. Debe ser eminentemente humilde y pura. A este grado ya el alma no ve nada sino bajo el prisma de la divinidad.

¡En el cielo solo se verá, alabará, gozará y amará!
(F IV 20)

Piedad es una relación amorosa del hijo con su padre. “Los derechos exigen, los deberes se imponen”, así debemos practicar nuestras prácticas de piedad con derechos, el cual es una necesidad.

La vida sobrenatural: vida de fe, esperanza y caridad, debe ser alimentada por la piedad.

Debemos dirigirnos a Dios por la oración en los momentos difíciles y El nos comunicará su serenidad eterna.

(F VII 9)

Quien busca la sabiduría la encontrará. En donde está la humildad, allí está la sabiduría.

(F V 8 B)

¿Qué diríamos de uno que se encontrara en una mina de oro con la facultad de coger hasta la saciedad y no rellenasen las bolsas? Así nosotros, por la gracia santificante podemos enriquecernos espiritualmente, inmensamente todas las respiraciones, las molestias, las miradas y cuanto no sea pecaminoso y a El lo refiramos por la recta intención, se vuelve de un valor sobrenatural, digno de Dios que El lo divinizó y recibe con bondad.

(F VII 13)

Ven a mi alma, Espíritu Santo, lléname de tus dones y abrázame en tu amor.

¡Sí, ven Espíritu Santo, que te amo y confío en tu amor!

Ven, mora y reina en mi alma pues todo lo espero de tu infinito amor.

Ven Espíritu Santo mora y reina en mi alma y enciéndeme en tu amor.

Ven, no me dejes, *cúbreme con tu sombra* y consúmeme en tu amor.

Ven, sé todo en mí: por tí y para tí.

Piensa, habla, ama, ora y trabaja en mí, por mí y para tí.

¡Ven, Ven, Ven!!!!

(F XI 47)

Espíritu Santo: Ayúdame, dame tu fortaleza y enciéndeme en tu amor.

Espíritu Santo: Te amo y confío en tu amor.

Espíritu Santo: Todo lo espero de tu infinito amor.

Espíritu Santo: No me dejes, *cúbreme con tu sombra* y consúmeme en tu amor.

Espíritu Santo: Piensa, habla, ama, ora y trabaja en mí, por mí.

¡Ven Espíritu Santo! Mora y reina en mi alma, lléname de tu gracia y de tus dones, comunícame sobre todo tu fortaleza y abrázame en tu amor.

Iluminar, convertir y santificar a las almas.

(F XII 26)

Espíritu Santo, dame fortaleza física, moral, intelectual y espiritual. ¡Dame todos tus dones! Mora y reina

en mi alma y abrázame en tu amor. Incorpórate en mi: piensa, habla, ama, ora y trabaja en mi, por mi, para ti. No sea más yo quien viva sino que tu vivas en mi.

(F I 15)

Virtudes Cardinales

Prudencia

«Sed sencillos como palomas y prudentes como serpientes» (*Mt* 10, 12).

1. En qué consiste. La prudencia ocupa el primer puesto en las virtudes cardinales. Es estimadísima aún entre las personas que no profesan la fe de Jesucristo. En cuanto la prudencia trae relación con Dios es virtud enteramente sobrenatural. Ser bien hecho y bien dicho, en el tiempo y en la acción y así será conveniente a todos. Pondera para elegir los puestos de los subalternos, para corregir, para hablar y cerrar los ojos en ciertos casos que la misma prudencia exige. superiores, educadores, obreros evangélicos.

2. Cuán importante es. Se requiere en el ejercicio de todas las virtudes, pues se requiere en el tiempo, lugar y modo. El que no la posee se parece a una nave guiada por los vientos. San Antonio Abad, dice que es el ojo puro y sencillo de que habla el Evangelio por medio del cual todo el cuerpo estará iluminado. Dichoso el hombre que posee la prudencia; sus acciones valen más que el oro acendrado por quien los acendran.

3. Cómo se falta. Por medio de las palabras, acciones y resoluciones, ya sea por efecto [exceso] o defecto. Por la precipitación e inconstancia. Por la astucia y por el engaño, la ficción y doblez que son los efectos favoritos de la astucia.

(F X 72 B)

Fin del hombre

Sería anormal una persona si se pusiera a hacer una cosa sin saberlo.

El secreto para hacer bien nuestras obras es poner al frente el término, el coronamiento de ellos.

Pensemos cuáles son los impulsos del mundo en estos días. Tiene que ir al fracaso porque se busca a sí mismo y todo triunfo se atribuye a la inteligencia del hombre y para bien y gloria del mismo.

Socialmente dice el hombre que está resolviendo los problemas del mundo y los campos estériles son hoy campos de riqueza, y se levantan las grandes ciudades y... ¡cuánta victoria! ¿Más, habrá perdido el hombre su propio fin? Si así fuera, irá a su ruina eterna.

Nosotros tenemos como fin, el que ha sido nuestro principio. Hay mucho avance en el campo educacional, de la ciencia, de la cultura; pero como de él se aparta a Dios, vendrá a ser como castillo de naípe.

Venimos directamente de Dios y a El debemos volver. Todo lo que no se basa en Dios vendrá a ser pecado. El comunismo que se considera una institución de redención social, vendrá a ser también un día una disolución porque no tiene por fin a Dios.

Todas las criaturas que Dios ha creado, se vuelven a Dios, su fin, pero el hombre que es la criatura inteligente, más perfecta, se aleja de Dios, de su fin que es servir a Dios. Conocerlo, amarlo y servirlo, para después gozarlo para siempre en la gloria.

(F X 74 A)

¡Gastar el tiempo en servicio de Dios y bien de las almas! ¿Puede haber ocupación más provechosa para una vida tan corta como la presente?

Buscar a Dios en todo y consagrarle todas nuestras acciones; he aquí la única aspiración digna de nuestra existencia.

La dicha verdadera, no cabe duda, consiste en caminar derechamente hacia Dios, levantando el corazón y atropellando con todas las dificultades que pretenden estorbarnos el paso.

Nunca debemos poner nuestro ideal en la imitación de tal o cual persona, habituándonos a conformarnos a ella en todo; porque las aptitudes de cada cual y las gracias recibidas difieren inmensamente y Nuestro Señor exige de las almas más o menos según ellas sean.

(F II 10)

Agarra bien al pasar la hora fugitiva que te brinda alegría, contento y felicidad y no te preocupes de la hora que vendrá... o cuanto menos, piensa que ella será aún más feliz que la hora presente.

(F II 13)

Los sufrimientos son un tesoro: si fuéramos lógicos deberíamos buscar en todas partes ocasiones de sufrir.

(F II 10)

Las aflicciones tan breves y ligeras de la vida presente nos producen el eterno gozo de una sublime e incomparable gloria.

(F II 14)

Haz las cosas como si vieras a Dios delante de ti; es un medio seguro para hacer grandes progresos en la virtud.

(F II 17)

Aborrecernos a nosotros quiere decir que debemos apartar de nosotros los incentivos del amor propio y sensualidad, y cuanto sea capaz de manchar nuestra alma. Se necesita: 1º Grande vigilancia sobre los sentidos y movimiento secretos del corazón. 2º Continúa violencia sobre las aspiraciones orgullosas y desarrégladas inclinaciones del corazón.

(F II 15)

Nunca digas bien de ti, de tu saber y buenas obras, de tu nacimiento, a no ser que tengas motivo de esperar de esto utilidad.

Nunca exageres ni asegures cosas sin saberlas bien.

Acomódate al genio de las personas con quienes tratas, hazte a todos para ganarlas a todas.

Habla a todos con moderada alegría.

(F II 17)

Dos medios usa Dios para desprendernos de la tierra y atraernos hacia Sí: uno inferior, los sufrimientos del mundo; otro superior, la atracción de lo alto.

(F II 23)

Una amistad fiel y tranquila es el don más precioso que podemos apetecer. Cuán grande es nuestra dicha cuando hemos hallado una buena amiga. El primer mérito que debemos buscar en una amiga es la virtud, pues ella nos demuestra que es capaz y digna de amistad. La mayor ventaja de la amistad consiste en hallar un modelo verdadero; pues como deseamos la estimación de las personas que amamos, este deseo nos conduce a imitar sus virtudes.

(F II 26)

El reposo del espíritu y la satisfacción interior que experimentan dentro de sí mismos los que saben que hacen siempre lo que pueden, sea para conocer el bien, sea para adquirirlo, es un placer sin comparación, más dulce, más duradero y más sólido que cuantos provienen de otro cualquier origen.

(F II 27)

Si queremos ser santos según nuestra voluntad no lo seremos nunca; es necesario serlo como Dios quiere, doblegarse graciosamente a las exigencias de la posición, sin pegarnos a las prácticas y medios de perfección que nos agradan más y sin querer salir de nuestro estado, porque cada abeja debe hacer la miel en su colmena y con las flores que la rodean.

No creáis haber hecho mucho por Dios mientras vuestra voluntad no esté alegremente sumisa a la suya en todo y por todo, aún en las cosas que más os repugnan.

(F II 28)

Vale más hacer el bien con imperfección que omitirlo.
(F II 38)

Las personas que pasan una vida más feliz son aquellas que no piensan primero en sí, sino en los que las rodean; que cumplen con su deber y fían en Dios para lo demás.

(F II 30)

La virtud no es más que el amor bien aplicado, que nos induce a amar lo que debe ser amado y a odiar lo que es digno de ser odiado.

(F II 33)

El único fin que se proponen alcanzar en todas las almas interiores, no es otro que amar y glorificar a Dios: glorificarle por medio de acciones o pasiones dispuestas y ordenadas por el mismo Dios, y en las cuales no tienen que hacer ellas otra cosa que corresponder con toda fidelidad a los dulces impulsos de la gracia, amarle no sólo con actos formales de la voluntad y sentimientos afectuosos, sino también por medio de una perfecta y continua renuncia de sí mismas en las manos de Dios.

Lo que ante todo han de procurar las almas, en el uso que deben hacer del tiempo, es estar atentas a lo que Dios exige de ellas en cada momento y cumplirlo con toda fidelidad.

(F II 38)

Cuando Dios crea almas grandes, las rodea de personas no menos grandes, aptas para dirigir las con prudencia y sabiduría suma.

(F II 42)

Ese apetito, esa necesidad de Dios, ese deseo de alimento divino, hay que conservarlo, pues la verdadera señal de salud espiritual es sentir en su interior el apetito sobrenatural de Dios, así como el mejor indicio de la salud corporal es un buen apetito.

(F II 47)

La idea de lo que deberíamos hacer para pasar santamente el último día de nuestra vida, siembra gran confusión en el espíritu; parece desde luego que ese día deberíamos pasarlo orando continuamente y haciendo actos de contrición. Esa idea no está exenta de tentación; desconfiad de ella. De lo que hay necesidad es: 1º de cumplir nuestros deberes, sin cambiar nada exteriormente; 2º de tener el corazón tan desprendido de todo, que podamos morir sin pesar alguno; 3º tener tal pureza de conciencia que podamos morir sin temor al infierno; 4º excitarnos a muy ardientes deseos de poseer a Nuestro Señor.

(F II 63)

Sale uno de sí, cuando cumple sus deberes, sin dirigir a esa observancia la más leve mirada que humana sea, con el recuerdo solamente de que cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras, ha estado y estará eternamente presente a Nuestro Señor para glorifi-

carle o tal vez afligir su Corazón.

Nada de lo que no atañe a Dios es grande. Ciertas cosas parecen grandes aunque no lo sean. Otras son siempre pequeñas, y sólo la buena intención puede darles algún valor.

Hay que esperar la calma de vuestro espíritu para juzgar de las cosas que os han perturbado. Diferid hasta veros tranquila, toda resolución sobre las medidas que dicte vuestro ánimo perturbado. Desvanecida la emoción, olvidaréis una falta de atención, una injuria, un mal proceder, porque una persona cuyos pensamientos se dirigen hacia arriba está desprendida de sus intereses personales, y vende barato su reputación, no busca aclarar una acusación contra ella, ni cree que sea necesario para edificar a los otros que sea conocida su virtud.

(F II 65)

La maravilla de la creación del hombre.

Dios nos ha creado para ser felices en El; fuera de El jamás la podemos alcanzar. El Señor nos ha dado facultades físicas, intelectuales y morales [...] y «nos hizo a semejanza de El. Y vió que estaba bueno».

Nosotros sólo vemos lo exterior pero no lo interior, así como vemos en un árbol sólo las hojas y ramas, y no vemos la sabia y las raíces; así no vemos en los demás el alma. Cuanto más cultivada está nuestra naturaleza, más despierta estará para recibir la gracia. [...] Estamos revestidos de Cristo desde el momento de nuestro Bautismo. Que cuantos nos vean, vean el reflejo de Cristo, vean que irradiamos a Cristo.

(F VII 10)

Nuestras conversaciones

1. «Dios pedirá cuenta hasta de una palabra ociosa. Debemos comportarnos como corresponde a Santos. Conversaciones no edificantes en boca de un alma religiosa, es un escándalo, según San Basilio, y un sacrilegio, según san Bernardo. Por tanto debemos evitar hasta la sola apariencia de mal. Y cuando por oficio son absolutamente necesarias, usemos las debidas cautelas.

2. Deben nuestras conversaciones estar revestidas de afabilidad cristiana que modera la irascibilidad la aspereza y nerviosidad y vaya realzada por una serena y franca sonrisa. Todos buscan al que es manso, tranquilo y acogedor.

3. Deben ser por utilidad verdadera; buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Cada vez que se presente la ocasión buscar una palabra que consuele, ilumine y lleve a Dios, o bien corregir, excitar o evitar algún peligro. Que se pueda decir de nosotros lo que la Iglesia dice de Santa Catalina de Sena: «ninguno se retiraba de ella sin salir mejorado».

(F X 69 A)

¡Alertas en las tentaciones!

El que ha caído una vez es difícil que no se caiga dos veces.

El que ha caído dos veces es fácil que caiga la 3a.; y el que ha caído la 3a. vez es imposible que no vuelva a caer (Ejemplos).

Cada cual es tentado según el fondo de su mal. En veces con embates pasajeros y otras con tenacidad y pertinencia.

Pero «fiel es Dios en no permitir que seamos tentados más allá de nuestra fuerza» (1 Co 10, 13), a menos que busquemos la ocasión o nos pongamos en ella.

El Señor nos invita a hacer lo que El hizo y cómo lo hizo: «Aléjate de mí Satanás».

(F XII 10)

Medios para adquirir la prudencia

1. Reflexionar con calma. San Basilio recomendaba reflexionar con calma, antes de emprender cualquier obra, pues no hay nada que perturbe la fe, como la ira, el resentimiento, en fin, las pasiones. Reflexionar también después de cada acción. Por tanto: el exámen de conciencia. San Bernardo decía: Aprende a gobernar según las leyes de tu Instituto. Examina por la mañana cómo has pasado la noche y por la noche cómo has pasado el día.

2. Pedir consejo a quien puede darlo. Es siempre mejor la opinión ajena que la propia. El mismo Moisés a pesar de estar bien instruido en la ciencia egipcia y de tener coloquios con el mismo Dios, pidió consejo a su suegro Getró y lo obtuvo, creando jueces para el pueblo judío. Al pedir uno, consejo, hace un acto de obediencia y de humildad y el obediente cantará victoria, y el que se humilla será ensalzado.

3. Invocar las luces de Dios. Pedirlas al Espíritu Santo. Tobías recomendaba a su hijo pedir al Señor la virtud de la prudencia. El Rey Gosafat al encontrarse cercado de enemigos, se volvió diciendo al Señor: «No sabemos qué hacer, no nos queda otro medio que volvernos a Tí».

Fuerte por la mortificación. Humilde por los exámenes de conciencia. Robusto por el ejercicio físico.

(F X 72 A)

Justicia

Importancia, necesidad y medio fácil de practicarla.

1. Esta virtud nos hace dar a cada uno lo que le corresponde: honor, tributo, estimación y fraternidad. Al corregir proponerse enmendar.

2. Sin ella no puede reinar la paz. Todos aman la paz, pero no todos practican la justicia.

Los odios, rencores, antipatías, murmuraciones, son lesiones de la justicia. Con la sola apariencia de su violación no puede haber ni armonía ni paz.

3. La violación de ella en el premio o castigo es efecto de las pasiones.

Levantamos un tribunal para nosotros mismos: examinemos y pidamos las luces al Espíritu Santo y si llegáramos a faltar no tardaremos en arrepentirnos y reparar el mal.

(F X 67 B)

Hacer el bien es cosa tan bella y perfecta, que nunca se puede hacer una buena acción, aún la más insignificante sin que al propio tiempo se despierte el bien y se difunda en un largo espacio. El hombre no debe esperar que su hermano invoque su socorro para correr en su ayuda, sino que debe, sin previo llamamiento, acercarse a quien sufre, porque el dolor compartido

crea la amistad, y aún cuando no pudiera procurarle otro auxilio que el de llorar con él, le produciría gran consuelo.

(F II 29)

Pensad siempre lo mejor de un hombre. «Pensar lo peor, dijo lord Ruysbroek, es signo cierto de un ánimo vil y un alma baja». Podéis ser engañados, es verdad, pero más vale ser engañado, que ser injusto.

(F II 33)

Nosotros debemos ser de aquellos que no le hacemos trampas al hombre. El hombre es una persona, un ser sagrado. Los valores humanos son desde luego sagrados.

El conocimiento de Dios, lo mejor es el experimentarlo, sentirlo. El motor que nos hace actuar es el amor: a) conocer, b) voluntad (libertad) c) y amor. La fe, el amor, la libertad es un riesgo. El hombre no puede divinizarse sino a través del esfuerzo y de la libertad. El amor nos libera. La ley puede obligarnos a soportarnos, pero no a amarnos; sólo el verdaderamente libre es capaz de amar. Dios jamás obliga. Dios invita. La autonomía consiste en sustraer la libertad del temor: el que nada debe nada teme, libres de la ley: ama y haz lo que quieres.

El amor está por encima de la ley, libre de los bienes de fortuna: emplearlos para los demás. Libres del tiempo: emplearlo en el amor a los demás. El ser humano es libre de hacer lo que quiere pero después sufre las consecuencias (dos consecuencias simbolizadas en los ladrones al lado de Jesús: El dolor aceptado santifica, el repulsado corrompe).

(F IX 6)

Dad al César lo que es del César

1. Los malos no se reúnen para ayudarse, sino para hacer el mal. Vivían en lucha los fariseos con los herodianos: los primeros, escrupulosos en la observancia de la ley y los otros libertinos y sin embargo, se presentaron con la adulación a Nuestro Señor. Más Nuestro Señor les dió una gran lección: Dar a cada uno lo suyo.

2. Debemos pagar a cada uno lo que debemos: si es respeto, respeto; sumisión, sumisión; honor, honor. Don Bosco nos manda ser amigos de las autoridades; él por ésta su actuación, pudo ayudar a la Santa Madre Iglesia, dándole obispos y reconciliando entre sí las autoridades eclesiásticas y civiles.

3. Siendo así nosotros, Dios nos abrirá muchas puertas; practicando esta divina lección, no por miras humanas, sino por miras sobrenaturales observaremos la obediencia a Nuestro divino Maestro.

(F X 83 A)

Fortaleza

1. Cuál es su oficio?
2. Cómo se practica?
3. Cómo se adquiere?

1. Tiene por objeto ayudarnos a sobrellevar situaciones difíciles y las pruebas de la vida, cualquier peligro y dificultad y aún la muerte por amor de Dios y por la salvación de las almas. Seré fuerte si en todas las circunstancias sabré poner freno a las pasiones: a la soberbia, en el cumplimiento de mis deberes y en las

obras de celo y digo, amén, en la santa voluntad de Dios.

2. Se practica de diversas maneras: a) renunciándonos a nosotros mismos, vencernos, reprimir la imaginación, no ceder en las tentaciones; y esta constante renuncia nos dará un gran premio; b) es fortaleza también exponer la propia vida por el prójimo; c) se practica también al sufrir calumnias, desprecios, y afrentas por la gloria de Dios y de las almas, como los apóstoles que salían gozosos del Sanedrín por haber sufrido por el nombre de Jesús.

3. Se adquiere: a) vencer las cosas difíciles de antemano; pues así se pierde su aspereza; b) acostumbrarse a recibir cada día los pequeños males que se nos presentan para resistir cuando nos vengan los grandes; c) pedirle a Dios, a menudo, principalmente en las circunstancias difíciles.

¿El Señor es el baluarte de mi vida, por qué temblaré?

(F X 67 A)

Las almas fuertes adquieren con frecuencia su desarrollo en los cuerpos débiles, mientras que la salud floreciente parece que absorbe la vitalidad del alma.

(F II 25)

La experiencia nos dice que si no combatimos continuamente y con energía los deseos desarreglados del corazón, caeremos en toda especie de desórdenes.

(F II 17)

Placentera sumisión a los superiores, respeto propio e independencia de carácter, bondad y protección a los débiles, disposición pronta para perdonar las ofensas, deseo de conciliar las diferencias de los otros, y sobre todo consagración sin miedo al deber y veracidad inquebrantable. Evocados y llevados a la acción estos principios, producirán en cualquiera condición de la vida un carácter moral casi perfecto.

(F II 30)

Contra las contrariedades de las personas, tengo el afecto; contra las de las cosas, la oración; y sobre cada herida que sangra en mi alma, pronunciaré esta palabra: «¡Dios lo quiere!». Para un alma unida verdaderamente a Dios, no debe haber penas, ocupaciones ni dolores que sean capaces a distraerla de su recuerdo.

(F II 31)

El corazón dulce y humilde sabe aceptar una irreflexión, resignarse a una negativa, tolerar una impertinencia, excusar una falta, soportar un pequeño padecimiento sin perder la paz interior ni la tranquilidad en la mirada.

(F II 2)

La dicha de ver a Dios cara a cara no puede alcanzarse sino con la firmeza en sufrir las pruebas que tiene a bien enviarnos aquí abajo.

(F II 5)

Días de sol y días de lluvia: días en que el alma está angustiada y días en que rebosa entusiasmo, todos son igualmente provechosos para el perfeccionamiento personal si se saben emplear bien.

(F II 6)

¡Adelante!; mantengamos nuestras almas siempre serenas y del mismo temple, por medio de una constante y tranquila energía de espíritu.

Tomar la cruz con valentía, aceptar el dolor cuando Dios nos ofrece su cáliz es propio de un alma noble y grande. Es el primer paso hacia el Calvario.

(F II 12)

Sólo es necesaria una cosa para tener paz: amar sufriendo y sufrir amando: la paz es el fruto de la guerra contra lo que es naturaleza.

(F II 32)

La voluntad forma la base del carácter, sin fuerza de voluntad no habrá firmeza de propósito.

(F II 33)

El sentimiento del deber nos allana la senda de nuestra vida. Nos ayuda a conocer, a aprender y a obedecer. Nos da el poder para vencer las dificultades, de resistir a las tentaciones, de hacer aquello en que nos empeñamos, en hacernos honrados, benévolos y leales. La experiencia toda nos enseña que llegamos a ser

aquello que nosotros mismos nos hacemos. Luchamos contra las inclinaciones de hacer el mal, luchamos a favor de la inclinación de hacer el bien y poco a poco llegamos a ser aquello que queremos. El esfuerzo de cada día hace más fácil la lucha. Cosechamos conforme hemos sembrado. El verdadero mérito para sobresalir en cualquier esfuerzo, es proponerse la imitación del modelo más brillante y perfecto.

(F II 33)

Cometer el mal por debilidad es la primera caída de la dignidad humana. Amar el mal es la segunda caída, más profunda y más baja. Justificar el mal es la última y casi irreparable, pues rechazando los remordimientos del alma, rechazan el único aguijón que les podría excitar y levantar de nuevo para revivir. Si no queremos llegar a un extremo tan triste, vigilemos sobre nosotros mismos, porque nuestras repetidas faltas llevan casi fatalmente a este término, a menos que después de cada una de ellas levantándonos y rehaciendo nuestro valor, no logremos vigorizarlo cada vez y aumentarlo sin cesar. Sería menester que la energía de nuestro combate estuviese en proporción del número de nuestras derrotas... ¡Ah! y, por el contrario, dejamos que cada derrota se lleve consigo un jirón de nuestra energía.

(F II 34)

Corre con los pies ensangrentados por el camino del deber que es la carretera real y segura que conduce a la imperecedera felicidad.

(F II 34)

Si consideramos a todos los hombres de la Historia, y observamos sus acciones, y tenemos delante todos sus pasos, encontramos que la fuente y el origen de toda su grandeza fue la energía del querer y la perseverancia en el obrar.

(F II 36)

¿Te acuerdas mi amado y Buen Pastor, cómo me sentía feliz, felicísima, cuando hacía de pastorcita, imitándote, al bajar y subir aquellas empinadas cuestas, pedregozas y resbaladizas del Oratorio Iglesias, Flores, para ir a recoger a los niños?; ¿y cómo mi corazón rebosaba de alegría cuando me encontraba en medio de ellos, enseñándoles a no apartarse de tí, a amarte y a amar a la Virgen?... ¿Te acuerdas también, cómo mi alma se henchía de gozo, cuando por tí sufría aquellas horas y horas de sol abrasador en el Oratorio Cristo Rey, para que los niños jugaran; y, cuando para ir al encuentro del camión para regresar al Colegio, caminaba bajo aquellos aguaceros torrenciales que me llegaban hasta las rodillas y me calaban los huesos; y cómo después de estos domingos de trabajo intenso y agobiador, quedaba como los Apóstoles — después de haber sido azotados por el Sanedrín — llena de júbilo por haber tenido la dicha de sufrir por Tí?

(F IV 13)

1. Su naturaleza.
2. Cuán excelente es.
3. Sus efectos.

1. Moderar el gusto y el tacto: a) no tomando mayor cantidad de alimento de lo necesario; pero lo esencial no buscar el deleite en la comida y en la bebida; b) en este punto es un deber apremiante, pues una leve complacencia puede ser un veneno para el alma.

2. Su excelencia se puede deducir por la fealdad del vicio contrario. Pues el que se entrega a este vicio se asemeja a las bestias. La templanza hace al hombre semejante a los espíritus angélicos. El ángel no puede gustar de la dulzura de los sentidos porque no los tiene; el temperante se abstiene de ellos voluntariamente por agradar a Dios.

3. Numerosos son los efectos benéficos de la templanza. Perfecciona la razón y ayuda la fe. Quien practica la templanza puede dedicarse más fácilmente al estudio y al trabajo; pero sobre todo a la oración, pues lo capacita a la consideración de los bienes sobrenaturales. Los Santos se abstenían de buscar el deleite en la comida y temían con horror en buscar los placeres de la carne.

(F X 68 A)

La materia engaña al corazón; se hace seductora, se hace encantadora, toma formas y voces divinas; sus caricias tienen lazos tan dulces que parecen celestiales, y aunque no pueda ofrecernos, para nuestra sed, sino agua turbia y poca, tan ciegos estamos que la

creemos límpida y abundante; tan depravado está nuestro gusto que el sabor de ella nos deleita, siquiera por algún tiempo.

(F II 16)

Fácil es decir a Dios: «te amo», pero si esta palabra no va acompañada de la mortificación cristiana es vana, sin fundamento porque el amor propio lo ocupa todo.

(F II 31)

¿El niño a quien su madre lleva en los brazos necesita acaso moverse para permanecer en ellos? El mayor mal del hombre es la agitación y lo único que menos sabe hacer es quedarse tranquilo en las manos de Dios. Aunque se me mande estar quieto, yo a lo menos me esfuerzo y me muevo para conseguirlo por saber lo que hay que hacer.

El único medio conocido de reposar es no hacer nada y precisamente es lo único que este caso se requiere. Es menester, dicen los autores místicos, dormirse en el beneplácito divino. Yo me dormiré y reposaré en una paz inalterable, porque Vos, Dios mío, me habéis establecido en una confianza inalterable.

(F II 37)

Nunca llegará a ser realmente devoto quien se entregue a la vida de los sentidos, de la *imaginación* y de las pasiones, no ya en cosas malas y pecaminosas, pero aún en las meramente indiferentes: porque el primer paso para la verdadera devoción, es cautivar los sentidos, la imaginación y las pasiones, sin permi-

tirles imperio alguno desordenado sobre la voluntad.
(F II 38)

Todas las contradicciones que hace tan frecuentemente la vida del hombre, el cambio y visicitudes continuas en las disposiciones interiores de las almas, el abandono y desamparo que permite tan a menudo; las enfermedades por medio de las cuales nos hacen mirar la vida con disgusto; el mal resultado, en los proyectos que formamos con la mejor intención; todo esto no lo hace Dios más que para que aprobando y aceptando su divina voluntad, nos despeguemos de todo lo que es pasajero en la tierra y por este desasimiento nos santifiquemos.

(F II 53)

La turbación paraliza la voluntad, y una de las cosas necesarias para el movimiento de la gracia, es la calma, sin la cual no se tiene valor para nada.

(F II 56)

El apego excesivo de las ocupaciones de la vida ordinaria impide las dulzuras de la amistad y trato con Cristo.

(F II 59)

He aquí las condiciones necesarias para ser libre en lo exterior: No amar desordenadamente ningún bien criado. No tener afición a un lugar con preferencia a

otro. A ninguna ocupación más que a otra. Y a ninguna criatura, si no es con la mira de buscar la gloria de Dios.

(F II 64)

Morir a sí mismo, es ahogar tanto como sea posible los movimientos y los afectos que nacen del amor propio y renunciar a los goces que él ambiciona.

(F II 65)

Cuanto más vacío estarás de tí mismo, más te llenará Dios de la abundancia de sus consuelos; cuanto más desasido de los placeres de la tierra, tanto más serás partícipe de los goces del cielo.

(F II 70)

Nada pedir ni nada rehusar; servirse de todo sin afecto y sin escrúpulo, con libertad y desasimiento: eso es la suprema perfección.

(F II 51)

Consejos evangélicos

Vida religiosa

Consejos evangélicos

En virtud de los tres votos esenciales a su estado, la vida de la virgen cristiana viene a ser un holocausto perpetuo. Por el voto de pobreza, renuncia a todos los bienes de la tierra que otros tanto ansían. Ella prefiere a las blondas, el sayal, a la seda, la estrameña basta y a los colores alegres y deslumbrantes, los tristes y sombríos. Por amor a Dios y a la humanidad renuncia a esa poesía que lleva consigo el lujo elegante, a todas esas delicadezas que tantas mujeres reclaman y que en su sexo parecen algo justificadas. Por un heroísmo cuyo valor sólo la mujer puede calcular, la virgen cristiana renuncia a ser hermosa y a parecerlo.

Por el voto de castidad ofrece a Dios el dominio exclusivo de su cuerpo y de su corazón; y ese corazón tan tierno y delicado, que siente tan imperiosa necesidad de amar y ser amado y que tan bellos sueños ha acariciado quizás, lo entrega sin reserva, no a un esposo que lo haya seducido con el fuego de su mirada, la magia de su aspecto viril o la fama de sus hazañas; no a un esposo que se considera venturoso rodeándola de goces, cubriéndola de atenciones y llenándola de homenajes, sino a un esposo a quien no podrá ni oír ni tocar, y que no tiene para seducirla y fascinarla más que su cruz, su corona de espinas y su rostro desfigurado, y que la invita a seguirlo con estas palabras: «La que quiera ser mi esposa, renúnciese a sí misma, tome su cruz y sígame» (Cf Mt 16, 24).

Por el voto de obediencia, la virgen cristiana renuncia

a todo lo que el hombre más ama en este mundo, es decir, a la libertad, abdicando en cierto modo, de su voluntad para ponerla en poder de una mujer como ella, y quizá más joven que ella, y que, a pesar de todo, tendrá derecho a imponerle sus mandatos todos los días, a cada instante del día, por lo regular razonablemente, pero quizá alguna vez también por capricho; y ésto sin reservarse el derecho de preguntarle el motivo de sus mandatos, o juzgar de su conducta.

(F II 2-3)

Pobreza – Jurídica, que nada tenemos efectiva y afectiva.

Nos quiere exclusivamente para sí. ¿Por qué? Es su querer, su voluntad omnipotente y plena.

El primer motivo: ser de Dios; el segundo: en servicio de los hombres.

Nosotros estamos viviendo ese valor absoluto, damos testimonio que es Dios, por medio de los votos; mientras que el mundo considera los valores en las riquezas, el amor humano y la libertad, el propio yo, la personalidad.

Pobreza es tener solo lo necesario para la vida y que alguna vez le falte algo. *¡Somos un signo, un testimonio!* la pobreza libera de todo para ser instrumentos de Cristo. *Cuando empiecen entre nosotros las comodidades, y el estar bien, nuestra Congregación ha terminado. El trabajo y la templanza harán florecer nuestra Congregación (MB XVII 272).*

Rico es el dueño de sí y de sus posesiones. El dinero tiene que tener un destino providencial: en saber dar y recibir. (Cf *Lc* 18, 18-27; *Mt* 19, 16-26. 29, 27-30; *Mc* 10, 17-27. 10, 28-31) *todo*.

(F IV 21)

Castidad – La virginidad cristiana es fruto preciosísimo y exquisito del evangelio. «Esto no todos lo pueden entender» (*Mt* 19, 11). ¡Es un carisma, una luz, una fuerza y energía! Esto es la capacidad de vivir este misterio y de saborearlo.

Los bienes materiales no los despreciamos sino que los renunciamos por un bien mayor. Función específica de la voluntad es amar. ¿Pero, qué es amar? ¿qué es la vida? Hacer renuncia total del amor humano para sustituirlo por el amor divino. Es como la autopista: en línea recta sin que se le crucen.

La virginidad es la entrega absoluta del amor a Dios. Primero a Dios y de Dios al hombre. Pero es como los hongos, basta un poco de humedad y oscuridad para que eche raíces.

Todos tenemos un proceso sicosomático: cuando amamos, la primera reacción es la manifestación del amor (*los ángeles sólo tienen idea y afecto*).

El afecto produce en la manifestación un contento, en seguida produce una sensibilidad, luego una sensación sensual; por último la sexual.

1º) La mejor manera de saber si nuestro afecto es ordenado es: si cuando está ausente la persona amada estoy tranquilo; 2º) si ese afecto es compartible, esto es: si no me afecta que aquella persona atienda a otra; 3º) si cuando la persona de nuestro afecto se presenta y nos intranquiliza. *El gran engaño de hoy día es creer que el hombre ha superado ese problema*. Pero no, si no estamos atentos, lo sobrenatural se vuelve natural, después sensual y al fin sexual. *Leer y meditar «Sacra Virginitas».*

(F IV 21)

La obediencia – La mejor manera de ir al Padre es imitar a Cristo. Cumplir la voluntad del Padre es darle la mayor gloria y nadie como Cristo ha cumplido la voluntad del Padre: como Mesías, Modelo de la Humanidad, Redentor, enviado del Padre y apareció no como un Señor, con criados y buena casa; o como un gran Señor, en un palacio. Pues le hubiera convenido: El era descendiente del Rey David, tanto de parte de José como de María.

En cuando a la virginidad, El sublimó la idea de la virginidad, pues, ¿si el matrimonio fuera lo más perfecto y Cristo no fue casado, quién diría que ésto es lo más perfecto? Jesús nace de una Virgen, ¡El es virgen y su predilecto un virgen!

En cuanto a la obediencia Cristo se hizo obediente por nosotros *hasta la muerte* y muerte de Cruz. «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre» (Jn 4, 34). «¡Todo está cumplido!» (Jn 19, 30). Algunos quieren esplicar estas renunciaciones bajo la mirada humana y no a lo divino.

Tercera posición actual: celibato y castidad virginal si no se dominan, ¡o se desbocan o se... estrellan...!

El equilibrio de la personalidad nos da una absoluta libertad: la supervalorización del hombre.

(F IV 22)

No recuerdo haber escrito lo que sigue, tratándose del Voto de Pobreza, por consiguiente prefiero repetirlo antes que no decirlo

1. Que en las fiestas de las Superiores — el día de su onomástico — el obsequio que les hiciéramos las Hermanas como las niñas, fuera siempre dinero sólamente

para que ellas lo pudieran invertir comprando directamente lo que necesita la comunidad, *conforme al espíritu de pobreza*, o sea como Madre Mazzarello lo haría si volviera a vivir. (Los regalos no siempre se hacen conforme a este Voto).

2. Que para las fiestas contempladas, se pudiera recalcar en el Capítulo General, tuviéramos en cuenta la observancia del número 37 del Manual, en que se nos permite un plato más y no muchos, sobre todo para Navidad, en la que el Divino Redentor, como en la cruz, nos dió ejemplo de ilimitada pobreza.

3. Que precisamente, para la observancia de este Voto suprimiéramos los tapetitos bordados, como lo manda también nuestro Manual en el número 57, principalmente en el comedor, para tapar el pan. Ni siquiera el zigzág debiéramos emplear, bastaría, como antes, y como lo seguiría haciendo Madre Mazzarello, una orilla corriente de máquina.

4. Y finalmente, que para las construcciones se insistiera también mucho en lo que dice nuestro Manual en el número 157 y desea la Santa Iglesia; para no seguir la corriente de las demás Congregaciones que parece van a porfía en la ostentación y en lujo.

Y, por amor a Dios que me perdonen. ¡Amo tanto a mi Instituto!...

(65 años de edad y 44 de Profesión) *

(F V 21)

* Como respuesta a un cuestionario propuesto por las Superiores en preparación a un Capítulo General.

Dios no tiene necesidad de nada. El no tiene necesidad de nuestras grandes acciones, de nuestros proyectos extraordinarios, de nuestras maceraciones. El no quiere otra cosa que su gloria y nosotros podremos procurársela, con la fidelidad en el cumplir lo que le agrada *en la obediencia*.

Nada de bueno hay en el mundo si no es conforme a la voluntad de Dios.

Todo lo que es contrario a la divina voluntad es nada. Todo lo que es querido por la obediencia es preferible a toda otra cosa, aunque fuese la más santa y la más perfecta de la vida religiosa.

(F VII 12)

San Dositeo, no pudiendo observar las reglas resolvió *dedicarse todo a la obediencia* y con la máxima prontitud y diligencia a los oficios más humildes del monasterio confiados a él por el Superior. Al morir y alcanzar el mismo premio de San Pablo ermitaño, el Señor, por medio del abate contestó a los monjes que deseaban saber por qué había alcanzado semejante gloria: «Vosotros no conocéis el valor y el mérito de la obediencia verdadera. Es por esta virtud que Dositeo en poco tiempo mereció más que los otros con largos sacrificios y fatigas».

Su obediencia fue de ejecución pronta, alegre y puntual; y de juicio, haciendo propio el sentimiento del Superior. La cosa más pequeña hecha por obediencia es aceptabilísima al Señor.

Si tú comes por obediencia, tu refección es más aceptada a El que los ayunos.

Los monjes no pudiendo persuadirse andaban diciéndolo: ¿posible que un hombre el cual jamás ha ayunado,

acostumbrado a las comodidades y delicadezas tenga en el paraíso de ser tratado a la par de aquellos que por 50, 60 y más años llevan todo el peso de las asperezas, penitencias y fatigas de la vida religiosa? ¿Qué cosa por tanto hemos nosotros ganado más de él con el ejercicio, habernos afanado tanto, haber hecho tanto, mientras Dositeo pasaba días tranquilos en forestería?

Obediencia pronta, con ánimo alegre sin réplicas y melancolías.

(F VII 12-13)

El orgullo es el primer pecado capital. Lo que más duele al hombre es que los posterguen; que lo desprecien. En la obediencia destruimos el supremo [...] matamos nuestra propia personalidad; nuestro propio criterio lo sacrificamos. La obediencia religiosa trae dos aspectos: Manifestar al súbdito la voluntad de Dios y el súbdito aceptarla. La obediencia exterior es imperfecta porque no está sometida. La obediencia de juicio es aceptar como Cristo en Getsemaní (no es entrega de la razón sino de la voluntad). Las virtudes a medida que se avanza cuestan menos, pero en la obediencia no; porque el súbdito va aumentando en experiencia, conocimiento y ciencia.

(F XII 57)

Dios válese del hombre Abram, hombre glorioso y llegó a ser Padre de los creyente. No bastó esa obediencia.

Llegó la redención. He aquí que vengo para cumplir tu voluntad (cf *Hb* 10, 9) el primero es un acto de obe-

diencia y el último también en el Huerto de los Olivos. Pide al Padre no se haga su voluntad (cf *Lc 22, 42*). Esa obediencia es la que nos salvó y Ella es la base de todas las virtudes. Es la que ocupa el primer lugar. Es someter la voluntad y todas las virtudes nos vienen por medio de ella. La obediencia es un acto de humildad. El ha dicho «esto es mi cuerpo...» (*Lc 22, 19*). Jesús está presente en el pobre etc... En el día del juicio... El que a vosotros oye a mi oye. Y el que a vosotros rechaza a mi rechaza (*Lc 10, 16*). En la Eucaristía se deja comer. [...]

La desobediencia trajo la muerte al mundo y por la muerte de Jesús vino la salvación. Para eso Dios le dió un nombre sobre todo nombre.

(F XII 66)

La Virtud de la Obediencia. Don Bosco exige que todo salesiano cumpla con celo su deber, practicando fielmente las disposiciones de las Constituciones, los Reglamentos de los cargos que se les confían, las órdenes de sus propios Superiores; y sin su consentimiento no tomen compromisos ni encargos de ninguna clase. La virtud de la obediencia es el acto más grato que podemos ofrecer a Dios. Es el sacrificio más agradable que le podemos ofrecer. Debe ser voluntaria y sincera. Necesitamos que cada uno esté dispuesto a hacer grandes sacrificios de la voluntad: no de salud, ni de dinero, no de maceraciones, penitencias, ni abstenciones extraordinarias del alimento, sino de la voluntad. Cuanto más repugnante parezca una cosa al que la ejecuta, tanto mayor mérito tendrá ante Dios si la lleva a cabo.

(F IX 11)

Santa Teresa como Don Bosco dicen que «la obediencia es el mayor medio para llegar a la santidad y al dichoso estado de la unión con Dios. Pero se trata únicamente de aquella obediencia que sea *Inmolación* libre de la libertad» para no querer ninguna otra libertad fuera de la voluntad de Dios.

(F I 2)

Renovación de mis Santos Votos

Renuevo mi Santos Votos de pobreza, castidad y obediencia, con el amor con que se han consagrado y se consagrarán, hasta el fin de los siglos, todas las almas privilegiadas, escogidas y preferidas de tu Divino Corazón, que has amado, amas y amarás eternamente, pero sobre todo con el amor con que lo hizo la Virgen al aparecer en este mundo y lo renovó oficialmente para siempre en su Presentación. Renuevo mis tres votos en tu amor, con tu amor y por tu amor.

(F I 11)

Mi Rey...

Renuevo mi voto de pobreza, castidad y obediencia, en tu amor, con tu amor y por tu amor. Quiero ser verdaderamente pobre de espíritu, casta de alma y cuerpo, obediente de mente y de corazón solamente por Tí, porque te amo. Padre mío, yo te ofrezco mi Amor, tu Amor y por El, con El y en El, me ofrezco yo.

Patria, familia, riquezas, honores, placeres, comodidades, libre voluntad. Levantará su mano izquierda

sobre mi cabeza y con su derecha me abrazará (cf Ct 2, 8). Dios me da la luz, el aire, el fuego, las flores, los animales, los 5 sentidos y las facultades del alma; la Iglesia, los Sacramentos, las inspiraciones, su presencia permanente en el Altar y... sobre todo se me da a sí mismo con su amor eterno, infinito, fiel, desinteresado, constante, da gozo y es rico en misericordia.

¡Ama Tú y perdona como ama y perdona Dios!...

La mano de Dios y su voz: Las Sag. Escrituras, los Superiores, las vicisitudes, las desgracias, las calumnias, las enfermedades [...].

Traspasa mi alma con la luz de tus divinos ojos como la luz del sol traspasa el vidrio. Y así como el vidrio irradia el sol, así mi alma irradiará tu imagen dulcísima, santísima y amabilísima a cuantos me vean... y los traspasaré en tu amor.

(F XII 43)

Vida religiosa

La historia de toda vocación siempre supone lucha. Así como la muerte, esto es, la separación del alma y del cuerpo, la muerte física va precedida de agonía, así sucede con la muerte mística, al separarse del mundo a la cual suelen preceder angustias y tristezas que para algunas almas se convierte en una especie de agonía.

(F II 2)

La fidelidad debe ser un esfuerzo continuo de parte de nosotros para corresponder a la llamada del Señor. La vida religiosa es una vocación continua que nosotros

debemos cultivar así como se cultiva un jardín. La sensibilidad ayuda enormemente a la inteligencia y a la voluntad. La espolea para hacer el bien.

(F VII 11)

Roguemos unos por otros para que a pesar de todos los cambios y de todas las separaciones nos mantengamos unidos en indisoluble unión, y aquello que intentamos ser, lleguemos a llevarlo a cabo ahora y siempre, más y más completa y absolutamente todo por Jesús, ya que El es todo nuestro.

(F II 2)

Entre todos los amores ninguno hay más suave que el amor a Jesús, porque entre todos los esposos Jesús es el único que proporciona a sus esposas la paz en toda su exuberante plenitud.

(F II 4)

¡Un religioso que vive en la disipación, va acumulando remordimientos para la hora de la muerte! Vive siempre en la inquietud y tormento, pues, no pudiendo su alma hallar en las cosas exteriores el bien que apetece, lo va buscando afanoso fuera de sí.

Figurémonos el mar en tempestad; arroja furiosamente sus olas contra la orilla donde se estrellan, y esta con menos fuerza la rechaza otra vez al mar; he aquí el alma disipada y agitada por las pasiones, y especialmente el alma de un religioso. En efecto, no hallando más que vergüenza y remordimientos en el recuerdo de sus vilezas, huye de sí misma y va a mendi-

gar en las cosas y objetos exteriores aquella paz y contento que le niega su desordenada conciencia. Mas, pronto convencida del engaño en que ha caído, impulsada por la tristeza, que la consume, y por las náuseas que le producen los bienes falaces del mundo, huye de este tumulto exterior, y se ve en la precisión de volver sobre sí misma. Así empujada al exterior y rechazada otra vez al interior en continuo flujo y reflujo, no puede disfrutar un momento de paz ni fuera, ni dentro de sí misma.

(F II 16)

Retrato de una perfecta religiosa

La perfección de un alma religiosa no consiste, como creen algunos, en hacer grandes cosas, oraciones sublimes, mortificaciones excesivas, acciones heroicas, en una palabra, en querer seguir caminos extraordinarios y distinguirse por medio de una vida singular y que choque a la vista.

El cumplimiento exacto de sus votos, la observancia de la Regla, tal es el sólido plan de su perfección.

¿Cuál debe ser, pues, la conducta de una perfecta religiosa? Hela aquí:

1. Para con Dios, deberá cumplir exactamente todos sus ejercicios piadosos, llenándolos con el espíritu de Dios, y de su estado; y para mayor claridad diremos que deberá orar con atención, leer con reflexión, confesarse con dolor, comulgar con preparación y ejecutar todas sus acciones con pureza de intención y únicamente con la mira de agradar y servir a Dios; ha de ser inviolablemente fiel a su gracia, resignada enteramente a su voluntad, totalmente abandonada a su

providencia, íntimamente unida de todo corazón con el del Esposo celestial que ha elegido o mejor dicho, que se ha dignado elegirla.

2. Para con el prójimo ha de estar llena de atención y deferencias para con todas las demás, en cuanto su conciencia y la luz de Dios puedan permitirlo; ha de tener mucha caridad, dulzura, paciencia y condescendencia para con todas; ha de soportar su mal humor, disculpar sus defectos, compadecerse de sus trabajos, adelantarse a sus deseos, evitar cuidadosamente toda palabra viva, toda queja amarga, todo modal poco gracioso, todo aire de descontento, de frialdad o de sequedad; ha de aprovechar cuantas ocasiones se le presenten para servir a las demás y sin hacer sentir el peso del reconocimiento, antes, por el contrario, tener mucha satisfacción en proporcionarla a las demás; ha de dar en todo, la edificación y el ejemplo, contribuyendo en cuanto de ella dependa, a la felicidad y consuelo de todas aquellas con quienes tiene la dicha de vivir.

3. El alma religiosa no ha de hacer ver en ella, más que humildad, reserva y circunspección; ha de tener mucha igualdad de alma, constante posesión de sí misma, sin mal humor, alteración, pretensión ni alternería; ha de obrar sin afectación como si fuese criada de todas, y ha de considerar en todas a la persona del mismo Dios; sobre todo ha de hacerse superior a toda mira indigna de respeto humano, de vanidad, de amor propio, o de complacencia en sí misma, y ha de prestarse a todo lo que sea para gloria de Dios en cualquier empleo, ocupación o rango en que la obediencia y la Providencia se digne colocarla.

En una palabra; no ha de haber nada extraordinario en su conducta y acciones; ni ha de realizar sus acciones y conducta sino por motivos grandes, como los di-

vinos ejercicios de la vida interior, el recogimiento, la presencia de Dios, el deseo de tal perfección, la idea, la vista y la espera de la eterna bienaventuranza.

Representaos con frecuencia este cuadro; que sea el espejo fiel en que os miréis para copiar todos sus perfiles, y arreglar a ellos vuestro corazón, vuestros sentimientos y toda vuestra conducta.

(F II 18-19)

La religiosa que procura manifestar a Dios su amor, puede todavía cometer algunas faltas, pues su buena voluntad no la exime completamente de las debilidades humanas; pero esta buena voluntad, que se aplica a pensar en Dios, a hablar a Dios, a hablar de Dios, a querer cuanto Dios quiere, a mostrarse afectuosa con Jesús y con María, habrá conmovido necesariamente en alguna manera, el corazón de Dios; y este Corazón conmovido, habrá derramado sobre ella gracias especialísimas, recompensa del amor que ella le mostró. Entre estas recompensas, indicaremos dos sólomente, las que Dios otorga con mayor frecuencia, a saber: la paz y la mansudumbre. Decimos *ordinariamente*, porque existen otros galardones íntimos que da Dios a algunas almas acerca de los cuales no trataremos en este lugar. Más, he aquí los efectos del amor divino según San Tomás: «produce interiormente santos afectos, da alegría, causa paz, une íntimamente a Dios y excita el celo por la gloria de Dios».

(F II 101)

La Vocación

Es para poder salvar más fácilmente a los demás. Nos salvamos salvando a los demás. Los hombres no son islas aisladas, formamos un cuerpo. Nadie se muere hasta que Dios lo quiera. Una señal de que amamos nuestra vocación es que promovemos las vocaciones. El testimonio verdadero de vida es el que atrae las vocaciones; el buen ejemplo, es el mejor medio para atraer las vocaciones. Lo que se necesita más ahora es la caridad. Somos colaboradores de Dios.

(F IX 7)

Dios no nos ha llamado para ser personas hábiles y sabias sino para ser personas santas.

(F V 12)

Santa Teresa previene que mil tempestades amenazan al alma consagrada a Jesucristo, y que una vida tranquila, a la que nada contrario sucede, debe poner más inquietud que alegría.

(F II 57)

Ofrecer nuestros sufrimientos por la salvación de otros a Cristo; la Virgen, los Santos, no sufrieron el dolor por deporte, sino por amor. Las cumbres más altas, son las más azotadas por el viento. Un cristianismo sin un Cristo crucificado no existe. Cuando el valle se inunda de agua, la gente sube a los montes. En nuestra ascética salesiana no hace falta buscar mortificaciones, sino aceptar las que Dios nos envía. Las cru-

ces no son compromisos buscados, sino los compromisos del amor, personales. La persona vale no por lo que hace sino por lo que es. La vida religiosa es un reto. Si queremos hacer hombres y mujeres grandes debemos hacerlos abnegados, responsables, no parásitos, no flojos, debemos ser fieles a sí mismos. Los mejores médicos del hombre son el trabajo y la templanza.

(F IX 7)

Cada uno obra según su convicción. Cuando yo me convenza que debo ser totalmente del Señor, entonces seré santa porque seré humilde. Nosotros debemos defender nuestra propia vocación. Estamos en formación para superar nuestra insuficiencia. La Eucaristía tiene valor de [...] y principio de toda participación. ¿Cómo vamos a ser predicadores, cómo vamos a aconsejar si no estamos llenos de El? Nadie puede dar lo que no tiene. De modo que con El evangelizamos y catequizamos. La Eucaristía es principio de unión. Comunidades divididas hacen de Cristo un testigo falso. Unidas son en cambio convocadas por el Padre y en amor con el Espíritu Santo. Preguntarnos cuando hemos hecho algo: ¿Dios cómo lo ve? El sistema preventivo es una espiritualidad de caridad, hacia la juventud.

Mi nombre está escrito en el cielo. Nuestra castidad debe ser brillante manifestada en la alegría.

No es lo mismo comulgar que vivir la Eucaristía.

(F IX 10)

La virginidad, flor de la caridad, poesía del amor,

elévase hacia el cielo como el testimonio más exquisito que el alma puede ofrecer a Jesús: es el sacrificio matutino, el incienso más suave, el perfume de aquel jardín cerrado al cual celebra el Cantar que solo el Amado lo respira; es la respuesta del corazón humano a los celos de Dios.

(F II 22)

¡Agradar a Dios! Agradarle en todo, agradarle siempre, agradarle absolutamente, es la aspiración insaciable de las almas cuya virginidad quiere ser perfecta, porque su amor quiere ser sin mezcla. ¿Qué diremos de ellas? Tienen por divisa la sentencia del Maestro: «Hago siempre lo que le agrada» (*Jn 8, 29*). No tienen otras aspiraciones, ni otra solicitud, ni otro fin; hacen sacrificio total y perpetuo de su ser, y, para ofrecerlo, nada les es penoso. Tienen sed de pureza y su amor tiene también sed de sacrificio, pues conoce por experiencia lo que dice la Imitación: «Sin dolor no se vive en el amor». Saben que el sufrimiento como el fuego, purifica y dilata; saben, en fin, que desde que el amor fue clavado en la cruz, la cruz es el grado supremo y la prueba del amor, y que siguiendo el lenguaje de ella «ninguna madera es más eficaz para conservar el fuego del amor divino, que la madera de la cruz».

(F II 23)

¡Gastar el tiempo en servicio de Dios y bien de las almas! ¿Acaso puede haber ocupación más provechosa para una vida tan corta como la presente?

(F II 25)

Las bodas del cordero

(Cf Mt 25, 1-13)

El Señor nos invita a una fiesta extraordinaria: A unas bodas. Ya la esposa está preparada con su vestido blanco y su velo. Y las 10 Vírgenes que van a ser su cortejo también. Más 5 de ellas, no han preparado el aceite de sus lámparas; se les ha apagado el fuego, símbolo de la superficialidad; y como el Esposo tarda en llegar, se duermen, cuando más despiertas deberían estar: retrato de las almas tibias, que no se preocupan del servicio que deberían prestar a Dios en sus deberes. Ya es la media noche: el Esposo llega, y una voz se levanta diciendo: «he aquí que el Esposo llega, id al encuentro». Y al pedir ellas el aceite a sus compañeras y éstas negárselos, quiere decir que el Señor quiere que no debemos atenernos a la caridad de los demás sino a la nuestra, que debemos tenerla viva y encendida.

Las que estaban preparadas fueron con sus velitas encendidas al encuentro del Esposo, figura de su fervor ardiente. Y aquellas que fueron por aceite y regresaron corriendo, al hallar la puerta cerrada y escuchar los cánticos y la sinfonía, comenzaron a llamar, pero el Esposo desde dentro les dijo: «No os conozco» (Mt 25, 1).

El Señor no quiere para nada la tibieza, quiere la fe viva, encendida y ardiente por medio de las obras. Así quiere El que lo acompañemos, con la caridad y el sacrificio por el prójimo.

(F X 75 A)

Indice

Introducción

- 1. Su ideal de santidad	I
- 2. Como se presentan sus escritos	VI
1. LA META SUBLIME: LA SANTIDAD	7
- Tres Mensajes	11
Sed Perfectos	27
- Los medios	27
No se puede servir a dos Señores	29
- Vida sobrenatural	31
Programa de Santidad	43
Tiempo de Cuaresma	43
Por un solo fin: Jesús mio	52
Para las Bodas eternas	57
Absoluta entrega	61
Poder divino	62
2. ELEMENTOS DINAMICOS DE LA SANTIDAD	65
Premisa	67
Virtudes teologales	69
Fe	69
Dios nuestro Creador	73
La mediación de Jesucristo	74
Bajo la protección de los Arcángeles	74
- Con los Tronos	75
- Bajo las Dominaciones	76
Parabola del festín	77
El respeto humano	79
Alabanzas	80
- El pecado y sus consecuencias	81
- Atrae los mayores castigos	81

Una historia muy cierta y muy bella	82
El misterio de Cristo: la Pasión	83
Jesús: emblema de gloria, de poder	83
Esperanza	84
Caridad	87
Dones del Espíritu Santo	96
Los dones que animan y orientan la esperanza	97
Informan la caridad	97
Virtudes Cardinales	101
Prudencia	101
– <i>Fin del hombre</i>	102
– <i>Nuestras conversaciones</i>	109
– <i>Medios para adquirir la prudencia</i>	110
Justicia	111
– <i>Dad al César lo que es del César</i>	113
Fortaleza	113
Templanza	119
Consejos evangélicos - Vida religiosa	123
Consejos evangélicos	123
– <i>Renovación de mis Santos Votos</i>	131
– <i>My Rey</i>	131
Vida religiosa	132
Retrato de una perfecta religiosa	134
– <i>La Vocación</i>	137
Las bodas del cordero	140